

Lanusse o el arte de lo imposible

El lanzamiento del GAN (marzo - mayo de 1971)

Gonzalo de Amézola

I. Introducción

El 23 de marzo de 1971, la Junta de Comandantes desplaza del gobierno al Gral. Roberto M. Levingston y transforma al Jefe del Ejército, Gral. Alejandro Lanusse en el tercer y último mandatario de la llamada Revolución Argentina. A partir de ese momento, se abre un período singular que concluye (si nos limitamos a los aspectos institucionales) con la vuelta del peronismo al poder a través de elecciones libres.

Los dos años que abarca la presidencia de Lanusse, quien busca una fórmula política para el pasaje de un gobierno de facto a otro constitucional, es una etapa compleja y llena de contradicciones. No obstante, el interés que ha despertado en quienes se ocuparon de la época es marginal: o se la trata como el período crepuscular de la era que con ínfulas había abierto Onganía en 1966 o como los meros prolegómenos del espectacular retorno del peronismo y Perón al poder

El propósito de este trabajo es centrar

la atención en la fase inicial de esa etapa (la coyuntura que va de marzo a mayo de 1971), cuando el Gran Acuerdo Nacional -un llamamiento a deponer antinomias y volver a la legalidad con elecciones que incluyeran al peronismo- es puesto en marcha, y tratar de comprender los propósitos que guían al presidente militar al formularlo, los mecanismos mediante los que se intenta implementar la transición, su lógica interna, las razones que tempranamente anticipan el fracaso del proyecto y señalar -si a pesar de ello existieran- los aspectos que sobrevivieron al embate de los conflictos de la época.⁽¹⁾

(1) Atendiendo a esos fines, pueden agruparse las obras que se ocupan de la problemática según dos puntos de vista: el de las que tratan el tema fundamentándose en los aspectos político-institucionales y aquellas que tienen como eje de su análisis el régimen de dominación social y la naturaleza del poder estatal.

En el primer caso, las hipótesis están generalmente centradas en la confrontación que se desencadena entre Perón y Lanusse, como consecuencia del intento de apelar el segundo a la voluntad del primero para integrarse a la política condenando la violencia guerrillera y su consecuente derrota en el intento. En estas interpretaciones, la formulación del GAN se percibe como la simple búsqueda de una salida decorosa para las FF.AA., luego del fracaso de la Revolución Argentina. En este grupo incluimos a: Maceyra, Horacio (1983). *Cámpora/Perón/Isabel*. Bs. As., CEAL; Di Tella, Guido (1983). *Perón-Perón*. Bs.As., Sudamericana; Ollier, María Matilde. «Perón y las Fuerzas Armadas» en Amaral, S. y Plotkin, M.B. (comp.). (1993). *Perón del exilio al poder*. Bs. As., Cántaro; Amaral, Samuel. «Del exilio al poder: la legitimidad recobrada» en *ibidem*; Perina, Rubén (1983). *Onganía, Levingston, Lanusse*. Bs. As., Editorial de Belgrano; Horowicz, Alejandro (1985). *Los cuatro peronismos*. Bs. As., Legasa; Rouquié, Alain (1994). *Autoritarismos y democracia*. Bs. As., Edicial; Potash, Robert A. (1994). *El ejército y la política en la Argentina. 1962-1973*. Bs. As., Sudamericana.

Como ejemplo citaremos a Rouquié: «Junto con la mayoría de las Fuerzas Armadas (Lanusse) prefiere la maniobra política a la represión. Resta asegurar en las mejores condiciones la retirada del Ejército que condujo al país a un callejón sin salida.» Para eso, las nuevas autoridades deciden subordinar las elecciones a un Gran Acuerdo Nacional

II. El General en su laberinto: las ideas políticas de Lanusse

Los militares que habían acordado en forma unánime derrocar al Dr. Illia no presentaban, sin embargo, una visión uniforme acerca de los problemas de gobierno. Según Guillermo O'Donnell podían distinguirse cuatro sectores dentro de las Fuerzas Armadas en el período que va de 1966 a 1973: los «paternalistas» (individuos provenientes de la pequeña clase media provinciana, relacionados con las corrientes tradicionalistas de la Iglesia, de mentalidad

de todos los grupos políticos bajo la égida del Ejército... La aceptación del Gran Acuerdo daría 'quitas' a los militares para cumplir su misión: la Revolución Argentina no sería traicionada. Los militares podrían volver a sus cuarteles sin rebelarse y con la frente alta.» Rouquié, A. (1994). «El año de Perón» en *Autoritarismos y democracia*. Op. cit. Pp. 148-149. El autor se refiere al problema en términos prácticamente idénticos en su obra anterior (1982), aquí citada en su edición de 1986: *Poder militar y sociedad política en la Argentina*. Tomo II. Buenos Aires, Hyspamérica. P. 289.

En las hipótesis referidas a la dominación social y al poder estatal, incluimos siguientes trabajos: Portantiero, Juan Carlos. «Economía y política en la crisis argentina» en *Revista Mexicana de Sociología*, Nº2, 1977; De Ritz, Lilliana. (1981). *Retorno y derrumbe: la tercera presidencia de Perón*. Bs. As., Folio; Cavarozzi, Marcelo (1983) *Autoritarismo y democracia (1955-1983)*. Bs. As., CEAL; O'Donnell, Guillermo. (1982). 1966-1973. *El Estado burocrático-autoritario*. Bs. As., Editorial de Belgrano.

O'Donnell dice al respecto: «La propuesta de Lanusse apuntaba a aislar a ésta» (la guerrilla) «y a los dirigentes más radicales de la primera» (la movilización popular), «facilitando así su eliminación junto con la absorción del resto de sus canales digeribles para la supervivencia de los parámetros básicos de la sociedad para la cual...el papel decisivo debía jugarlo un peronismo conducido por sus elementos 'sensatos'... A pesar de ser la opción más lúcida para salvar del incendio la dominación social, ese intento de Lanusse fracasó rotundamente. Pero esto no implicó... que aquel incendio arrasara con todo. De hecho, aunque el peronismo no cumplió con el papel que Lanusse le había asignado, Perón realizó el pase de magia de, a la vez que alertaba la guerrilla, convertirse

autoritaria, corporativistas y refractarios al capitalismo); los «nacionalistas» (que abogaban por un fuerte intervencionismo estatal que impulsara un “capitalismo nacionalista” y la unión entre pueblo y Fuerzas Armadas por medio de una ideología “nacional” que ellos mismos proclamarían); los «liberales» (pertenecientes a la clase alta urbana, partidarios de promover un capitalismo moderno y que consideraban que el golpe de Estado era un mal necesario para reinstalar una democracia constitucional eficiente), y los “profesionales” (que se acomodaban a los vaivenes políticos teniendo en cuenta sus ventajas personales). Los presidentes de la Revolución Argentina, dice el autor, provinieron (en ese mismo orden) de los tres primeros grupos.

Sin embargo, esta tipificación no puede comprobarse empíricamente hacia 1971. Para ese año el impacto de los procesos de Bolivia y Perú, del acceso al gobierno de la Unidad Popular en Chile y del avance del Frente Amplio en Uruguay, influye profundamente en el escenario político argentino y el auge del nacionalismo y las ideas de izquierda afecta también la perspectiva de las Fuerzas Armadas. Para ese momento, los «nacionalistas» evocan a los militares peruanos, sus discrepancias con los

él y su movimiento, no Lanusse, en la real esperanza de absorción de la activación popular y de la liquidación de la guerrilla.» O'Donnell, Guillermo. (1982) 1966-1973. El Estado Burocrático Autoritario. Buenos Aires, Editorial de Belgrano. P. 466.

Simplificando en exceso estas propuestas, podríamos decir que los cuatro autores coinciden en el retroceso de la alianza entre las clases dominantes y los militares ante la creciente radicalización social y el accionar de la guerrilla, que desplaza su preocupación a un punto más dramático, que es el de la supervivencia misma del capitalismo en la Argentina. Para lograrla sería necesario incorporar al peronismo al escenario político, como una forma de bajar los decibeles de la protesta social y hacerla controlable.

Por su lado, el GAN era -en sí mismo- una mera salida para descomprimir los sentimientos antimilitaristas generalizados, lo que beneficiaría especialmente a los militares liberales. (O'Donnell, G. Op. Cit. Pp. 354-355).

«paternalistas» (nunca del todo claras) habían dejado de existir y sus diferencias con los «liberales» se difuminaban en el plano económico ante la adhesión de estos últimos al intervencionismo predominante, que se expresa en las «Políticas Nacionales» aprobadas por la Junta de Comandantes en junio de 1970.

El fracaso de la apuesta a un desarrollo inducido por la incorporación de capitales externos obtenidos por inversiones de las empresas transnacionales, había inclinado la balanza desde 1968 en favor del capital local unido al apoyo del aparato político del Estado.⁽²⁾ El mismo Lanusse, cuando asume la presidencia de la Junta, resalta especialmente cuatro puntos de esas directivas: modernizar la estructura política, acelerar el desarrollo integral y armónico del país, propender a la nacionalización de la economía y canalizar los beneficios del crecimiento económico hacia una equitativa distribución de la riqueza.⁽³⁾

La controversia sólo se instala acerca del primero de esos puntos. En torno a él podrían establecerse dos posiciones en el Ejército: la de quienes son partidarios de que una solución política es un requisito para encarar los problemas económicos (obviamente el sector que lidera el Comandante en Jefe) y la de quienes pretenden que la salida política sea antecedida por una profundización de la Revolución. En este último grupo se ubican personajes disímiles como el Gral. Guglielmelli, el Gral. (R) Labanca (cuyos aires peruanistas sonaban extravagantes) y oficiales ligados a Onganía y Levingston. En las otras Fuerzas, la posición de Lanusse recibía apoyo decidido de la Armada y dudoso de la Fuerza Aérea.

Lo que no se discutía era una serie de principios globales como la necesidad de un crecimiento económico armónico, regionalmente coherente, apoyado en industrias de base que debía

(2) Schvarzer, Jorge. (1996) *La industria que supimos conseguir*. Bs. As., Planeta. Cap. 8

(3) Cfr. «Las pautas de la Junta» en *Análisis* N° 521, 9 al 15 de marzo de 1971.

impulsar el Estado, a quien correspondía tener en cuenta la capacidad de decisión nacional que resultaba de ese desarrollo, necesariamente planificado.

Por otra parte, aunque la Revolución Argentina se había presentado como una ruptura con el pasado, compartía con los golpes de Estado anteriores el menosprecio por la relación entre representación y legitimidad política, que era considerada como un simple formalismo.

Pero a partir de 1969, irrumpe un principio de legitimidad contestatario que responde a una idea de refundación del Estado y de transformación revolucionaria de la sociedad, o -al menos- de una modificación sustancial de las bases sociales que lo sostenían. Desde el Cordobazo la sociedad estará en presencia de un hecho nuevo: la crisis ya no sólo de la legitimidad de origen (encarnada en los políticos), sino también de la de ejercicio (sostenida por la corporación militar).

Se abre, entonces, un camino de nuevas prácticas sociales y de nuevos principios que no sólo replantean el problema del Estado sino también el de sus fundamentos. Y, conjuntamente, aparecen nuevas cuestiones al relativizarse el principio de representatividad, enfatizarse la participación social directa y proponerse la reforma de las instituciones o, lisa y llanamente, la revolución popular.

El desarrollo de esta cuestión se observa con creciente inquietud en los sectores militares y la búsqueda de una solución los impulsa hacia las dos alternativas mencionadas: profundización de la Revolución o reconstrucción de la legalidad jurídica. Un período híbrido se vivió en los meses de la presidencia de Levingston, que nombrado para concretar la segunda opción, sobre la marcha se inclinó por la primera. La alternativa «profundizadora» es influenciada especialmente (hacia 1971) por el proceso peruano. Prueba de ello son las declaraciones de Frondizi, cuyos contactos en el Ejército tenían en la cúspide al influyente Gral. Guglielmelli: «...la revolución peruana sirve para demostrar que el camino de la liberación para los países subdesarrollados debe buscarse en los lineamientos de neto

corte nacional y en la cohesión de las fuerzas armadas en torno a un profundo fervor nacional... Perú, que fue uno de los primeros escenarios guerrilleros de América, no tiene hoy guerrillas; el gobierno amnistió a los líderes presos de los movimientos armados y éstos no retornan a las armas porque creen que en su país se está haciendo la revolución.»⁽⁴⁾

La opción legalista era mayoritaria en el generalato y R. Pandolfi la sintetizaba en *Confirmado*: «Era obvio que (la) solución política debía basarse en la única forma de legitimidad viable en un país sin tradición dinástica: los comicios. Y como a esa altura de las cosas, ya todos sabían que los comicios con proscripciones eran impensables, resultó urgente para la Argentina oficial, abrirse al diálogo con el peronismo... El intento de Levingston hizo perder nueve meses... Pero sirvió para convencer a los más antiperonistas que debía hacerse algún sacrificio si se quería evitar el caos...»⁽⁵⁾

El problema que se planteará el Gral. Lanusse con el GAN no se restringe, sin embargo, a una salida electoral con el dato inédito de la participación del peronismo. Su dilema es cómo restituir la legitimidad y asegurar la supervivencia de la sociedad tal como estaba constituida, frente a las fuerzas en contrario que se estaban desarrollando. Para ello intenta asociar dos principios que habían aparecido como antagónicos desde 1930: legalidad y gobernabilidad. El primero lo aportarían los partidos políticos y el segundo las FF.AA. La primera idea de Lanusse es consensuar un programa y un elenco de gobierno y someterlo a elecciones, que incluyeran al peronismo pero que excluyeran a la persona de Perón. Una transición cívico-militar totalmente diferente a las anteriores, en la que partidos y militares se apoyarían mutuamente y en la que éstos serían una suerte de brazo armado de los primeros.

Sin embargo, la reaparición de los partidos era considerada

(4) "Frondizi. La experiencia peruana". En *Análisis* N° 521, 16 al 22 de marzo de 1971.

(5) Rodolfo Pandolfi. "Las fronteras del acuerdo". En *Confirmado*, 28 de abril de 1971.

como una condición necesaria pero no suficiente. Sin renovación de sus dirigentes, paralizados desde 1966, superados por las corporaciones que tenían más presencia política que ellos con mecanismos no políticos, eran dueños de un gran caudal electoral. El drama era que esos votos no podían transformarse en un poder consistente, justamente cuando no quedaba otro camino que recurrir a los partidos.

Los políticos, por su parte, habían comenzado en noviembre de 1970 a presionar al régimen militar. Con diez días de diferencia surgen La Hora del Pueblo y el Encuentro Nacional de los Argentinos. La primera era un acuerdo entre agrupaciones (el Movimiento Justicialista, la UCRP y los partidos Demócrata Progresista, Conservador Popular, Socialista Argentino y Bloquista de San Juan), cuyo objetivo último era el retorno a un gobierno elegido democráticamente. El ENA, en cambio, funcionaba como un aglutinante de individuos (comunistas, frondicistas, radicales, peronistas, socialistas, independientes) que promovían (impresionados por la Unidad Popular chilena) una política latinoamericanista y de izquierda que aunque no excluía el sufragio, no lo tenía como finalidad principal. Curiosamente, su preocupación porque las elecciones fueran posteriores a los cambios económicos y sociales necesarios, acercaban objetivamente sus reclamos a los de los militares peruanistas.

Lanusse valora enseguida las ventajas que permitiría un acuerdo con La Hora del Pueblo, tanto por la posibilidad de acordar objetivos como por el capital electoral que resultaba de la suma de las agrupaciones que la componían. El plan político oficial se estructurará en torno a la posibilidad de confluir con esta multipartidaria en un proyecto.

La idea de máxima (en relación a sus propósitos personales) era la de complementar ese caudal de votos con el poder efectivo de las FF.AA. en una salida cívico-militar, en la que el Comandante se convirtiera en presidente con el soporte de La Hora del Pueblo. Este apoyo debería conformarse con la alianza activa de los radicales

y el apoyo silencioso de los peronistas.

Por otra parte, si el plan de máxima era la elección de Lanusse, el de mínima (que estaba incluido en el anterior) consistía en abrir canales que posibilitaran controlar la creciente movilización popular y sofocar a la cada vez más activa guerrilla. Su funcionamiento podía percibirse ya a comienzos de su gobierno:

«La estrategia... consiste en distender, desconcentrar y aislar. Se distiende rehabilitando a los partidos políticos o descongelando los convenios; se desconcentra a los sectores más combativos creando, por ejemplo la universidad de Río Cuarto o nuevas facultades; se aísla a los militantes al iniciarse una política de concesiones y negociaciones.»⁽⁶⁾

III.- Los oficios terrestres: el GAN puesto en marcha

El plan de Lanusse se fundamentaba en la necesidad de asumir la realidad de la sociedad argentina y desmontar su conflictividad. «Distender», «desconcentrar» y «aislar» serían los objetivos a los que debían confluír los ministros del gabinete en acción coordinada, tal como lo reclamaba Lanusse.

La pieza maestra para lograr dichos fines era, obviamente, la vuelta a la legalidad política. Se trataría de la «solución» y no de una mera «salida», aclaraban los militares. A diferencia de la serie de elecciones iniciadas en 1958, las que concluirían con la Revolución Argentina no se realizarían con el peronismo proscrito. Además, se legalizaría a la izquierda no insurreccional y se pretendía que mediante ese expediente la juventud canalizara su actividad en los partidos. Esta dramática inversión de objetivos que promueve Lanusse en favor de lo político, implicaba también que el centro del gabinete se

(6) R. Pandolfi. "Las fronteras del acuerdo". En *Confirmado*, 28 de abril de 1971,

trasladara al Ministerio del Interior y a quien ocupara esta cartera. La elección recayó en Arturo Mor Roig, destacado político radical, presidente (paradójicamente) de la Cámara de Diputados durante el período 1963-66 y figura de primera importancia en la organización de La Hora del Pueblo.

Sin embargo, aunque su nombramiento fue rápidamente aceptado por la Junta, el problema mayor para que se hiciera efectivo estuvo en las mismas filas de la UCRP. En ellas, hacia adentro y hacia afuera, la designación era conflictiva. Balbín, consciente de la dificultad, era contrario a que se aceptara la cartera pero fue doblegado por la opinión de varios políticos, especialmente la del delegado de Perón, Jorge Daniel Paladino. Este apoyo significaba mucho para Lanusse: «Era importante y hacía a los fines de nuestra estrategia», dijo, «que el nuevo ministro político tuviera el aval de La Hora del Pueblo».⁽⁷⁾

No obstante los esfuerzos de la UCRP por diferenciarse del gobierno militar, el equipo que acompañaba al nuevo ministro presentaba un sesgo que permitía suponer que la posición del radicalismo bonaerense tenía una influencia apreciable. La excepción era el Subsecretario del Interior Guillermo Belgrano Rawson, ex-diputado, hombre cercano a Pablo González Bergez y considerado por muchos como el conservador más lúcido de la Argentina. Tampoco era radical el Subsecretario de Asuntos Institucionales Augusto Mario Morello, un abogado platense sin militancia activa pero que adhería al PDP. Morello había sido presidente de la Corte Suprema de Justicia bonaerense a la que renunció en 1966 para no jurar por el Estatuto de la Revolución. Un dato, sin embargo, alentaba la suspicacia: era socio con Antonio Tróccoli en su estudio jurídico. En los otros dos casos no había dudas. El Coordinador Ministerial, Miguel Szelagowsky, había sido intendente de La Plata en 1963 por el radicalismo. Era un amigo personal de Mor Roig y se lo sindicaba como el hombre clave del gabinete doméstico del Ministro. El Jefe

(7) Lanusse, Alejandro A. (1977) *Mi testimonio*. Bs. As., Lasserre Editores. P. 217.

de Asesores era Jorge Reinaldo Vanossi, miembro de la comisión de asuntos constitucionales de la UCRP y profesor de Derecho Político en la UBA, encargado de producir los instrumentos jurídicos para la renovación institucional.

Mor Roig proponía una reorganización que redujera el número de partidos políticos a cuatro agrupaciones: «Una fuerza de derecha, otra de izquierda, una popular que bien podría ser la peronista y la restante moderada, sobre la base radical».⁽⁸⁾ La eventual formación de un partido de derecha de dimensión nacional -que el Ministro creía tan importante para el funcionamiento del proyecto como uno de izquierda democrática- se especulaba que podía contar con la inteligencia y los buenos oficios de Belgrano Rawson.

En relación con lo anterior, el Ministro consideraba conveniente que se produjera una renovación de las figuras que dirigían a los partidos. El propósito de esta iniciativa era, sobre todo, no permitir que Perón fuera candidato. Existieron algunas discusiones acerca de establecer una edad máxima para ser elegido, pero las previsiones fueron inútiles.

En tercer lugar, proponía una reforma constitucional. «De lo que se trata, esencialmente, es de correr los muebles de la sala», había sintetizado. En términos generales, Mor Roig impulsaba una serie de cambios que no tocaban lo doctrinario: elección presidencial directa con la incorporación del «ballotage» entre los dos candidatos más votados si ninguno superaba el 50% (una evaluación «realista» hacía suponer al Gobierno que Perón ganaría las elecciones pero la suma de las fuerzas que se le oponían lograrían derrotarlo en la segunda vuelta); reducción del mandato presidencial a cuatro años y unificación del de los demás cargos políticos a ese lapso; incorporación de un tercer senador nacional por la minoría, ... Pero, aunque se buscó un acuerdo generalizado para estas medidas, las implicancias políticas de toda reforma (en este caso, especialmente, crear «seguros» contra un eventual triunfo del peronismo) planteó

(8) *Panorama*, 24/4/71. P. 9.

diversos problemas. Luego de muchas dilaciones, en 1972 se optó por sancionar los cambios por decreto, dejando la decisión de confirmarlos al próximo gobierno.⁽⁹⁾

Finalmente, Lanusse atribuye a Mor Roig una interpretación muy sugerente sobre los orígenes y alcances de la violencia política. El Ministro consideraba que el desorden social que se había desatado era un fenómeno mundial que comenzaba con el Mayo Francés y que, como esa experiencia, estaba protagonizado por estudiantes de clase media y algunos sectores marginales de la clase obrera. Aunque este movimiento de rebeldía no tenía propuestas que fueran más allá de la feroz crítica al establishment, un elemento externo a él mismo lo hacía de temer: muchos sectores dirigentes sostenían que no eran los hombres sino las estructuras políticas mismas las que estaban caducas. Y ese era el riesgo del que había que preocuparse.⁽¹⁰⁾

Acorde con el conjunto de estas ideas, el 1º de abril de 1971 se anuncia oficialmente la rehabilitación de la actividad política en todo el país, levantándose la prohibición a actuar a los partidos y devolviéndosele sus bienes. Ese mismo día, el Ministro del Interior anuncia que comenzará una ronda de invitaciones a sus representantes. Simultáneamente se prometía enviar un plan a la Junta y comenzaba a integrarse una comisión de eruditos como asesores de la Comisión Coordinadora del Plan Político para proponer reformas a la Constitución y la redacción de la Ley Electoral y el Estatuto de los partidos.⁽¹¹⁾ Desde el 5 de abril comenzaron a desfilar

(9) *Confirmado*, 14/4/71. Pp. 20-21.

(10) Lanusse, A. A. (1977) *Op. Cit.* Pp. 220 a 222.

(11) La comisión de eruditos estaba integrada por un conjunto de juristas que agregaban a su formación académica una actividad política apreciable: Pablo Ramella, ex-senador peronista; Carlos Fayt, ex-profesor de Derecho político de las Universidades de Buenos Aires y La Plata (presidente); Mario López, profesor de Derecho Político en las

los políticos por el Ministerio del Interior.

Para que las instituciones pudieran funcionar era necesario que el clima social mejorara. La distensión de los sectores populares se haría mediante el Ministerio de Bienestar Social, encargado de una activa política asistencialista. Para ello se volvía a convocar a Francisco Manrique, eyectado cuarenta y cinco días antes del gabinete de Levingston. La importancia que otorgó la prensa a su retorno es una muestra del papel que tendría en el gabinete. Un artículo aparecido a pocos días del golpe sostiene que Mor Roig y Manrique son quienes polarizan toda la atención. El primero como artífice de la salida política, el segundo como su posible destinatario.⁽¹²⁾

Manrique exponía claramente sus objetivos: «solucionar o atender los problemas del hombre común, colaborando en la búsqueda de una nueva forma de equilibrio social.»⁽¹³⁾ Con un equipo formado en su anterior gestión, pasa inmediatamente a una acción

Universidades de Buenos Aires, del Salvador y Belgrano; Julio Oyhanarte, ex-ministro de la Corte Suprema y caracterizado militante desarrollista; Roberto Peña, decano de la Facultad de Derecho de la Universidad de Córdoba; Jorge Vanossi, profesor de Derecho Público en la Facultad de Derecho de la UBA y miembro de la comisión de asuntos constitucionales de la UCRP; Alberto Spota, profesor de la UBA y la UNLP y ex-convencional constituyente por la UCRI; Adolfo Rouzaut, titular de Derecho Constitucional en la UNR; Natalio Botana, profesor de Ciencia Política en la Universidad del Salvador; Carlos Bidegain, titular de Derecho Constitucional en la UCA (ex-Procurador General del Tesoro con Frondizi) y Germán Bidart Campos, titular de Derecho Político y Coconstitucional en la UBA y conocido tratadista. Bonifacio del Carril, ex-ministro de RR.EE. en el gobierno de Guido, miembro de la Academia de Historia y colaborador habitual de La Nación declinó integrar la comisión por cuestiones personales pero actuaría como asesor. Cfr. Análisis N° 527, 20/4/71. P. 10.

(12) *Primera Plana*, 30/3/71. P. 9.

(13) *Análisis*, N° 524, 30/3/71. P. 15.

vertiginosa. Se dedica a «trabajar y hacer en el lugar» trasladándose con su staff a las distintas provincias, escuchando reclamos y otorgando beneficios. Su primera visita es a Córdoba, donde da curso favorable a la instalación de casinos, un viejo reclamo para reactivar el turismo. En Tucumán dice: «Las medidas que podamos tomar hoy mismo serán anunciadas inmediatamente». Los cañeros lo habían recibido al grito de «Manrique-Perón, un solo corazón». En San Juan afirma «que las palabras dicen poco y los hechos hablarán por sí mismos» y se aventura: «El país tiene problemas ficticios y soluciones reales.» La gira por el interior continúa con el mismo ritmo. El 10 de mayo en Buenos Aires promete mejorar la vida de los habitantes de las villas miseria de Puerto Nuevo.

En estas tournées, se buscan soluciones coyunturales especialmente en seguridad social y encarar temas de atención hospitalaria y planes de vivienda. Los objetivos a mediano plazo en estas áreas eran ambiciosos: mejorar la previsión y los controles a la evasión, crear un sistema para amas de casa y nuevos regímenes para docentes y trabajadores rurales; renovar, actualizar y modernizar toda la estructura hospitalaria y sanitaria; construir un millón de viviendas en cinco años.

En su primera reunión con la CGT a mediados de abril, Lanusse define al área de esta manera: «¿Saben qué es el Ministerio de Bienestar Social? Ni más ni menos que la Fundación Eva Perón. Claro que nosotros entendemos que en lugar de manejarlo un particular lo debe hacer el Estado.»⁽¹⁴⁾

La necesidad de fortalecer las relaciones con la central obrera para disminuir el poder de los sindicatos combativos era uno de los dispositivos más importantes para «distender» y «desconcentrar». Para ello se promueve otro regreso, el de Rubens San Sebastián a la Secretaría de Trabajo luego de un alejamiento de nueve meses. El principal problema que se presentaba en esa área era el estancamiento de las negociaciones paritarias que podía terminar (tanto en la opinión de Economía como de la

(14) Cfr. *Confirmado*, 21/4/71 y *Primera Plana*, 20/4/71.

Junta) en una crisis entre gobierno y CGT. San Sebastián se ocupa de la cuestión con declaraciones -dice que viene a «trabajar alejado de motivaciones de tipo político y en favor del movimiento obrero»⁽¹⁵⁾ - y medidas -la derogación de los topes salariales que había impuesto Levingston-. Por otra parte, discontinúa la tradición de descabezar la cúpula de la central sindical cuando cambiaba el gobierno, en práctica desde 1966. El 1º de abril se reúne por primera vez con los dirigentes sindicales. «Quiero formar con la CGT una sociedad, con los vicios y desacuerdos naturales de este tipo de relación, pero una sociedad al fin, capaz de trabajar juntos para la empresa común», les dice.⁽¹⁶⁾

Los convenios colectivos de trabajo se destraban a partir del reemplazo de los topes por la Ley 14.250, una vieja herencia peronista que la CGT reclamaba y se acelera su firma desde mayo, cuando los grandes gremios acuerdan aumentos en torno al 30%, arrastrando las negociaciones de los más chicos.

La política de San Sebastián estuvo dirigida también a hacer concesiones que, a la vez, descomprimieran los conflictos sindicales y fortalecieran políticamente a Rucci. Se levantaron las intervenciones en algunos gremios y se llamó a elecciones en otros como los conflictivos Luz y Fuerza y telefónicos de Córdoba. La táctica de arrebatar banderas a los sectores combativos le permitirá decir a Rucci: «Mientras nosotros conseguimos las soluciones Córdoba sigue peleando.»⁽¹⁷⁾

(15) *Confirmado*, 31/3/71. P. 13.

(16) *Panorama*, 6/4/71. P. 10.

(17) Se levantaron las intervenciones en la Asociación Gremial de Trabajadores de Universidades Nacionales, al Sindicato de Empleados Públicos, a la Unión Obrera Maderera y -fundamentalmente- a los sindicatos que agrupaban a los trabajadores de Fiat (Concord y Materfer) en Córdoba. También llamó a elecciones en Luz y Fuerza y en el gremio telefónico en esa provincia, que sin lugar a dudas serían ganadas por Tosco y Guillán. Pero de todas maneras, esto era también redituable para el gobierno porque al menos dejarían de convocarse actos pidiendo la normalización de esos sindicatos. *Confirmado*, 14/4/71. P. 11.

La culminación política de la relación con la CGT fue la reunión que mantuvieron sus dirigentes con Lanusse en la Casa Rosada a mediados de mes. Allí, el Presidente alaba a sus interlocutores («el grupo de dirigentes más capacitado con que cuenta el país en estos momentos»), explícita por qué le son tan importantes («Lo que más me interesa establecer es la paz social») y la necesidad que de ellos tiene para llevar adelante su plan político («Yo he dado la patada inicial de este partido, pero no puedo jugar los dos tiempos solo. Es necesario que a la pelota la pateen también ustedes, sólo así me comprometo a seguir jugando...»).(18)

El fortalecimiento de Rucci culminará con la decisión de permitir que sea la CGT (y no el gobierno, como era costumbre desde 1968) quien designara la delegación gremial que concurriría a la reunión de la OIT que desde el 5 de junio iba a desarrollarse en Ginebra. Se suponía que esto tendría su costo. Allí los cegetistas estarían expuestos a los cuestionamientos de los sindicatos cristianos por la escasa o ninguna defensa de Agustín Tosco, Raimundo Ongaro y otros dirigentes «combativos» detenidos.(19)

Un área que preocupaba especialmente al gobierno por su repercusión en el conjunto de la sociedad era la educativa, donde los mismos militares reconocían haber llevado una administración poco feliz. Cuando Lanusse toma el poder, los problemas se suscitaban en todos los niveles de enseñanza. Por una parte como consecuencia del proyecto de reforma educativa que impulsaba el Ministro José Luis Cantini (y que había elaborado el secretario Emilio Mignone), cuya consecuencia había sido una huelga nacional el 31 de marzo de todos los sectores afectados: las escuelas primarias, secundarias y técnicas. En poco tiempo, Lanusse congela los cambios para acallar protestas que podían evitarse por ese simple

(18) *Primera plana*. 20/4/71. P. 12.

(19) El dirigente lucifuerista cordobés Agustín Tosco es detenido el 28/4/71 y el dirigente gráfico Raimundo Ongaro el 13/5/71. Sobre la CGT ver *Análisis* Nº 533, 1º/6/71. P. 18.

procedimiento. Por otra, por la falta de una política universitaria coherente, lo que fomentaba conflictos cuyas consecuencias la Junta temía, especialmente después de los estallidos estudiantiles que precedieron al Cordobazo.

En esta segunda cuestión, el gobierno militar estaba dispuesto a tomar medidas que bajaran los decibeles de los reclamos, muchos de los cuales eran promovidos sin quererlo por la impericia de las autoridades ministeriales y universitarias. Así se había interpretado, por ejemplo, la magnitud de las protestas contra los tests de ingreso realizadas en el usualmente pacífico mes de febrero. Las agrupaciones de estudiantes los habían calificado de limitativos y se produjeron manifestaciones en Buenos Aires, asambleas en Córdoba y Tucumán y toma de facultades en Santa Fe.

Las tres federaciones estudiantiles hacían declaraciones que permitían aventurar agitación en ese frente. La FUA-Línea La Plata (hegemonizada por el comunismo ortodoxo del MOR) proponía luchar por «...la autonomía universitaria, gobierno tripartito y ...lograr el derrocamiento del régimen imperante». Los integrantes del FEN (peronistas) aclaraban que «nuestros objetivos no son sencillamente universitarios» porque estaban convencidos de que «las facultades no son una isla» y abogaban por «lograr la descolonización del pensamiento y encolumnar a los estudiantes tras las banderas de los trabajadores peronistas». La FUA-Córdoba (con mayoría de los radicales de Franja Morada y la izquierda nacional de AUN) sostenía que «...el cauce de nuestra lucha es la constitución de un gobierno obrero y popular en el camino hacia el socialismo.» A todo esto, la táctica a seguir por el gobierno se basaba en la descentralización. La conveniencia política de multiplicar las universidades nacionales para disminuir las grandes concentraciones estudiantiles se encubría con argumentos técnicos, sostenidos enfáticamente por Alberto Taquini (h), decano de Farmacia de la UBA.⁽²⁰⁾ Lanusse anunció la

(20) 7.- Para la posición de los estudiantes, *cr. Panorama* 16/3/71. P. 13. Para los argumentos de Taquini sobre la necesidad de nuevas universidades, ver *Análisis* Nº 528, 27/4/71. P. 22.

creación de la Universidad de Río Cuarto el 1º de mayo y se esperaba la aprobación de otras dos: Comahue y Lomas de Zamora.

Esta política tomará vuelo a partir de mayo, cuando Gustavo Malek (rector de la Universidad del Sur) se haga cargo de la cartera de Educación.⁽²¹⁾ También, acorde al dialoguismo que promueve el gobierno, el nuevo Ministro es partidario de crear canales orgánicos de comunicación con el estudiantado y permitir (al menos en parte) la coparticipación estudiantil en el gobierno universitario. Pero además de descomprimir la conflictividad social, el gobierno necesitaba una represión eficaz aunque transparente, que le permitiera controlar a la guerrilla sin empañar su imagen política.

En su último libro de memorias, Lanusse se preocupa por hacer notar las diferencias en este aspecto con lo que ocurrirá en los años siguientes (no solo con el período que se abre en el '76, sino también con el que comienza en el '73), aunque admitiendo errores (Trelew, el secuestro de Mestre) de los que -declara- siempre se responsabilizó personalmente. En tiempos de Onganía -dice-, las Fuerzas Armadas tenían una idea muy poco precisa de quiénes eran los guerrilleros y resultaba imprescindible mejorar la inteligencia sobre el tema. Para lograrlo, organiza la Comunidad Informativa que, dirigida por el Ministro del Interior, centralizaba todas las informaciones provenientes de los infinitos servicios de Inteligencia de los que disponía el Estado: la SIDE, los de las tres fuerzas, el de la Prefectura Naval, el de Gendarmería Nacional, de la Policía Federal, etc., con el fin de reunir los datos y evaluarlos políticamente. Mejores informaciones y una Policía Federal controlada, ordenada y centralizada bajo la dirección del Gral. Cáceres Monié permitieron, según sus afirmaciones, una acción más eficaz y, sobre todo, dentro

(21) Al asumir el nuevo ministro, postula como objetivos prioritarios al presupuesto, los salarios, la estructura del sistema previsional y el perfeccionamiento docente gratuito. En lo referido a las universidades, piensa que su creación "...es la credencial de progreso más importante que puede exhibir nuestro país, siempre que éstas surjan de las necesidades nacionales y los requerimientos locales." *Análisis* Nº 532, 25/5/71. P. 18.

de los marcos legales.⁽²²⁾

Pero el elemento clave en la estructura fue la creación el 28 de mayo de 1971 de la Cámara Federal en lo Penal, compuesta por nueve jueces y ante la cual actuaban tres fiscales. El establecimiento del «fuero antisubversivo» fue, según asegura Lanusse, uno de sus grandes motivos de satisfacción: «...consistía en la puesta en marcha de un esquema de excepción, sin duda, pero donde cada sospechoso podía tener garantías necesarias en un Estado de derecho que, a la vez, había resuelto defenderse con uñas y dientes».²³ El entusiasmo no era compartido por la mayoría de los partidos políticos, que fustigaban estas medidas extraordinarias. Para que todo este andamiaje se sostuviera, era necesario mejorar el rumbo de la economía ya que de no lograrse, el peligro de una posible radicalización en las urnas era evidente. Sin embargo, la política de Lanusse llevaba implícitos dos principios contradictorios para esa recuperación. Por una parte, era necesario un manejo económico técnicamente coherente y por otra se consideraba conveniente establecer alianzas y consensuar medidas con sectores cuyas aspiraciones eran contradictorias.

Como resultado de esta lógica, es confirmado en el área Aldo Ferrer. La interpretación que da Lanusse a este hecho es una muestra de esa mezcla de argumentos. El Presidente sostiene que la supervivencia del Ministro se debió al interés de que no se lo acusara de intentar acabar con la política nacionalista de Ferrer en beneficio de los monopolios y, por otra parte, a que se estaba negociando que la cartera fuera aceptada por una figura consular del peronismo (Alfredo Gómez Morales) con el fin de lograr que los

(22) "Se me reprocha, lo sé bien, no haber promovido esos extremos" (la tortura) y, cuando -bajo otros gobernantes- se produjeron, haberlos cuestionado con serenidad, en la convicción de que no le hicieron bien ni a mi país ni a mi Ejército." Lanusse, Alejandro A. (1994) *Confesiones de un General*. Bs. As., Planeta. P. 269.

(23) Lanusse, A. A. (1994). *Op. Cit.* P. 274.

dos grandes partidos estuvieran representados en el gabinete. Al fracasar el intento, el controvertido Dr. Ferrer -que era una suerte de primer ministro con Levingston- mantiene la cartera pero condicionado por las nuevas circunstancias. El Ministro era especialmente cuestionado -por algunos- por sus ideas de nacionalismo económico y -por todos- por las turbulencias de la gestión de corto plazo (aiza del costo de la vida, paralización de las paritarias, retracción de las inversiones). El intento de incorporar al equipo figuras de distinta extracción ideológica no facilitó la acción en la coyuntura. ⁽²⁴⁾

La propensión al diálogo llega también a Economía, generando inconvenientes. El 13 de abril (sugestivamente, luego de recibir a la central obrera), Lanusse se entrevista con dirigentes de la CGE. El 16 los «empresarios nacionales» pasan por el despacho de Ferrer y le proponen una serie de medidas. Pero, como consecuencia de la recepción, se agita la interna empresaria. Los dirigentes liberales de la UIA se quejan de no haber sido recibidos en una solicitada. Finalmente, Lanusse los atiende a principios de mayo.

Esta dinámica se hace habitual. «Como si lo político contagiara al quehacer económico, en este último terreno llegó también la hora de las consultas: para la reforma tributaria, un tema sobre el que todos se quejan, el gobierno optó por convocar a todas las centrales empresarias para que ventilen a la luz del día sus

(24) Fueron designados los desarrollistas Juan Quilici como Secretario de Hacienda, Jorge Bermúdez Empanza como presidente del Banco Nación y Jorge De Carli en el Banco Nacional de Desarrollo; mientras que el Banco Central y la Secretaría de Agricultura quedarían en manos de los liberales José Luis Mazzaferrí y Gabriel Perren. Por otra parte, subsistían en el staff los subsecretarios Juan V. Sourrouille (seguidor de las ideas de la CEPAL) y Ricardo Zinn. A fines de abril son nombrados Ricardo Grüneisen (del ala del Consejo Empresario partidaria de colaborar con el gobierno) e Ildefonso Recalde (ex-presidente de la CGE y de su Instituto de Investigaciones Económicas y Financieras), como nuevos presidente y vice del BCRA.

proyectos...»⁽²⁵⁾ Lo mismo ocurre con otros temas (veda al consumo de carne vacuna, política de precios) aunque el éxito de semejantes acuerdos fuera dudoso, aún para los mismos interesados. En la asamblea anual de la CGE, su presidente José Gelbard advertía que el lenguaje de la corporación era utilizado casi textualmente por los sectores políticos y por el gobierno, pero señalaba que la coincidencia no excedía el terreno verbal.⁽²⁶⁾

Paralelamente, la Junta elabora un proyecto económico que incluye decisiones que están más allá de la discusión sectorial. Uno ejemplo de ello es el incremento del apoyo crediticio y las desgravaciones impositivas a los ganaderos para aumentar el número de vientres y las existencias animales. Otro, los programas de sustitución de importaciones y de plantas productoras de aluminio, papel de diario y soda solvay. Un caso expresivo del rol económico asignado al Estado es la decisión de construir con inversión pública una planta petroquímica en Bahía Blanca, proyecto abandonado por la Dow Chemical, compañía que iba a aportar los capitales.⁽²⁷⁾ Sin embargo, un nuevo dilema se filtra en el razonamiento económico. Para poder realizar todas esas inversiones productivas que conducirían al país en el mediano plazo a un mayor grado de desarrollo deberían disminuirse los recursos necesarios para atender la demanda en gasto social (vivienda, salud, asistencia social), que era un pilar del plan político.

Esta situación contradictoria entra en una nueva etapa con la reestructuración ministerial de fines de mayo, cuando se decide eliminar la cartera de Economía (lo que da expediente de salida a Ferrer) y elevar el rango de las secretarías que la componían. Así,

(25) *Confirmado*, 21/4/71. P. 17.

(26) Cfr. *La Opinión* 6/5/71 y *Análisis* N° 530, 11/5/71.

(27) Cfr. *Análisis* N° 532, 25/5/71. P.8. Ver también "Confidencial: La orientación militar" en *Confirmado*, 19/5/71. P. 17.

San Sebastián se transforma en Ministro de Trabajo, Quilici de Hacienda y Finanzas y Perren de Agricultura y Ganadería. El Ministerio de Industria se ofrece a Antonio Cafiero, insistiendo con el propósito (otra vez rechazado) de incorporar al peronismo al gabinete.

La eliminación de la cartera que desde su creación por Frondizi había sido la que mayor peso tenía en el gabinete, genera nuevas condiciones de poder. Ahora Lanusse, además de ser titular del Ejército, presidente de la Junta de Comandantes y presidente de la Nación, al disolver Economía y elevar a ministerios a las secretarías que lo integraban, se convierte también en una especie de primer ministro que debe arbitrar entre las propuestas de los distintos ministerios del área económica.

Los motivos de esta decisión están en que Lanusse:

«Necesita un grado mayor de flexibilidad para operar sobre los distintos frentes, pues se verá obligado a desplegar una política de alianzas cambiante para tener, en cada momento, cierto grado de respaldo. Ya sea político, empresarial, agropecuario o laboral.

«Requiere, para ello, una conducción económica que se adapte más a las variables necesidades de esa política de alianzas que a una concepción técnica única...»

«El teniente general Lanusse, al centralizar la conducción económica ganó una cosa y perdió dos, las tres caras de un estratega militar. Se beneficia con un mayor margen de maniobra e independencia. Pierde, en cambio, la posibilidad de comprometer aliados firmes en el Gobierno y de producir hechos con celeridad.» (28)

En su conjunto, el plan era tan ambicioso como arriesgado y

(28) "La reestructuración ministerial crea inesperadas consecuencias políticas para Lanusse" por Luis Guagnini, en: *La Opinión*, 29/5/71. P. 10.

el gobierno estaba seguro de que el camino presentaría innumerables obstáculos. Por esa razón era imprescindible reforzar al máximo el compromiso de la corporación militar en sostenerlo y afianzar la estabilidad política ocupando con oficiales de lealtad probada los mandos clave. La primera cuestión fue causa de la modificación de los artículos 1º, 5º y 10º del Estatuto de la Revolución Argentina. Por estos cambios, quedaba taxativamente aclarado que el Presidente no era más que un delegado de la Junta de Comandantes.⁽²⁹⁾ Además, para la aprobación de cuestiones consideradas importantes se establecía que debía haber mayoría entre los miembros de la Junta.

En lo referido a los nuevos destinos en el Ejército, el Gral. Herrera es designado Jefe del Estado Mayor General, desde donde saldrán las órdenes cotidianas que rijan al arma; Tomás Sánchez de Bustamante accede a la Comandancia de Institutos Militares (convirtiéndose de hecho en el jefe de Campo de Mayo); el Gral. Mariano Jaime de Nevares abandona el Colegio Militar y es nombrado subjefe del EMGE; mientras que Alcides López Aufranc es mantenido en la estratégica comandancia del III Cuerpo con asiento en Córdoba. Así, los oficiales más cercanos a Lanusse ocupan lugares clave. Lo más inesperado para los observadores fue la designación del Gral. Jorge Carcagno en la estratégica Jefatura III - Operaciones del EMGE. La explicación es que Lanusse y Carcagno habían llegado a un amplio acuerdo político cuando a fines de 1970, el primero visitó Córdoba. Los castigos a quienes habían apoyado a Levingston se limitan a traslados que alejan a esos generales de los centros de poder. Horacio Rivera pasa de Jefe de la Casa Militar a Comandante de Intendencia; Ibérico Saint Jean de titular de la SIDE a la menos poderosa Jefatura II, Inteligencia del EMGE y el Gral. Luis Merlo de la dirección de la Escuela de Guerra a la conducción de Liceos Militares.⁽³⁰⁾

(29) *Confirmado*, 31/3/71. P. 13.

(30) *Análisis* N° 527, 20/4/71 P. 16 y *Primera Plana*, 20/4/71 Pp. 10-11.

Complementando estas medidas, Lanusse propone reuniones frecuentes con las tres fuerzas para informarlas de las alternativas de la marcha de su acción de gobierno, que deberían servir también para que la opinión pública no las interpretara como fuera de la rutina. En el caso del Ejército, el Gral. Sánchez de Bustamante actuaría como su vocero político, explicando la marcha del plan en las distintas unidades.⁽³¹⁾

En su análisis político del 31 de marzo, Rodolfo Pandolfi dice:

«La estructura del poder ahora se basa en la realidad con todas sus consecuencias: primero, porque el Presidente es Presidente en cuanto jefe del Ejército y tiene, por lo tanto, poder para gobernar; segundo, porque el presidente busca afianzarse en la realidad, sin pretender juzgarla moralmente a priori...»⁽³²⁾

IV. La sombra de tu sonrisa. Lanusse, Perón y la guerrilla

La creciente actividad de la guerrilla inquietaba al gobierno y conmovía el clima social. En una nota publicada en *La Nación*, se recuentan los hechos producidos por el terrorismo de abril de 1969 a abril del 71: 252 asaltos a bancos o asociaciones financieras, 682 casos de intimidación pública o sabotaje, 127 golpes de mano, 73 robos de armas, 3 secuestros y 3 asesinatos.⁽³³⁾ El «Viborazo» había contado con la presencia de adherentes al ERP y sus fotografías enarbolando banderas de la agrupación habían sido profusamente difundidas. El diario de los Mitre había editorializado al respecto: «...los

(31) Cfr. *La Opinión*, 4/5/71. P. 12.

(32) *Confirmado*, 31/3/71. P. 10.

(33) *La Nación*, 5/10/71.

grupos insurreccionales venían preparando cuidadosamente sus dispositivos de guerra a fin de emplearlos bajo la cobertura de un despliegue popular.» Y agrega que los dos sindicatos opuestos a los metalúrgicos tradicionales se movían en la misma órbita ideológica del ERP.⁽³⁴⁾

La propuesta del GAN era diluir la insurrección con la vuelta a la actividad política y el fin de la proscripción del peronismo. El supuesto de esta readmisión era que Perón condenara la violencia para dejar sin sustento a las «formaciones especiales» que se proclamaban sus seguidoras (FAR, FAP, Montoneros). La necesidad de lograr entendimientos para llevar adelante ese objetivo empujará al Presidente a negociar con el anciano líder, tratando de superar la desconfianza de éste hacia las Fuerzas Armadas y la conciencia de que para muchos militares Perón no era otra cosa que un delincuente. Es difícil que el mismo Presidente estuviera libre de todo prejuicio: el aristocrático Lanusse, oficial de la exclusiva arma de Caballería, no debía dejar de subestimar de algún modo a Perón, un personaje de oscuros orígenes, que había llegado al generalato en forma poco ortodoxa en la plebeya Infantería y cuya total falta de prejuicios (que, por otra parte, siempre lo había caracterizado) es valorada no como una virtud política sino como la muestra de su absoluta inescrupulosidad. De esto nos habla Lanusse, cuando dice: "No me molestaban las ideas del señor Perón, sino su desprecio por las ideas".⁽³⁵⁾

Con las FF.AA. en el gobierno y los peronistas en el llano sin alternativas de participación, el terrorismo podría aumentar y se desataría la represión, hasta que esa dinámica llevara a un enfrentamiento incontrolable. Lo que Lanusse se proponía era la inclusión de los elementos moderados y propensos a la conciliación

(34) *La Nación*, 17/3/71.

(35) Lanusse, A. A. (1994). Op. Cit. P. 111.

del peronismo pero excluyendo a la persona de Perón como posible candidato, lo que haría posible un acuerdo para unir a las fuerzas políticas más significativas agrupadas en La Hora del Pueblo en un proyecto validado por los militares. En síntesis, un campo político donde amigos (militares/aliados) y adversarios (peronismo) se enfrentarían a enemigos (guerrilla/sectores radicalizados) que no contarían con apoyo en el conjunto de la sociedad.

También la necesidad de un pacto se inscribía en la lógica del plan de máxima del Presidente: «...ofrecer a Perón todas las reivindicaciones que demande, a cambio del apoyo a un candidato extrapartidario en las elecciones presidenciales. El candidato podría ser... el propio Lanusse...» (36)

Sin embargo, negociar con el líder exiliado nunca había resultado fácil y lo era menos en esas circunstancias. Su representante, Jorge Daniel Paladino, se encontraba cuestionado por distintos sectores del Movimiento y Perón mismo debía controlar una composición extremadamente heterogénea de sus huestes. Por esa razón, Paladino se excusa de concurrir a la rueda inicial del diálogo político con Mor Roig, lo que es aceptado sin dramatismo en el gobierno.

Perón, por su parte, debía decidir si se aceptaba un acuerdo o si se asumía una posición de enfrentamiento. En favor de esta última alternativa estaban los sectores denominados «duros»: el financista Jorge Antonio (enemigo de Paladino); los grupos encabezados por el abogado Pedro Michelini, Jorge Dighero y el Gral. Juan José Iñíguez (vinculados a Jorge Antonio); el peronismo revolucionario, nucleado en torno al telefónico Julio Guillán (Organización Peronista 17 de Octubre), el metalúrgico Avelino Fernández (Agrupación 17 de Octubre de la UOM), los estudiantes del FEN, el ex-delegado Bernardo Alberte (Coordinadora Rebelde) y Raimundo Ongaro. A este conglomerado había que agregar las

(36) «Las estrategias del acuerdo nacional» por Rodolfo Terragno. *La Opinión*, 4/5/71. P.

agrupaciones juveniles como JAEN y Guardia de Hierro.⁽³⁷⁾

La necesidad de lograr un pacto rápido, la complejidad del escenario y la sensibilidad del propio frente interno para entablar tratativas, creaban a Lanusse un problema de difícil resolución. En un primer momento se intentó mediante contactos del gobierno (en las personas del Ministro Manrique y del Jefe del Estado Mayor Conjunto, Brig. Martínez) con líderes de la CGT y con dirigentes políticos justicialistas. Sin embargo, esa vía se demostró pronto insuficiente. Además, el tiempo corría en sentido inverso para ambos generales. Lanusse estaba advertido de que no tendría «...los cuatro años con que contó Onganía ni los nueve meses de Levingston, sino que la situación se volverá crítica en pocas semanas si la opinión pública no distingue, al menos, esta administración de las precedentes.»⁽³⁸⁾ Por el contrario, Perón no compartía esta urgencia. Por ello era previsible que seguiría repartiendo el juego, alentando a la vez a todos los sectores del movimiento. En una carta del 5 de abril a Julián Licastro -que lideraba a los grupos juveniles- decía: «Pienso que los que necesitan dialogar son los agentes de la dictadura que tienen en sus manos el más grave problema... Ellos lo tienen todo en contra; nosotros, por primera vez, todo a favor. No cometamos el error de no aprovechar esto apropiadamente. Esa mejor manera será únicamente aprovechable si somos capaces de cumplir lo que aconseja Clausewitz: desarmar a nuestros enemigos para imponer nuestra voluntad.»⁽³⁹⁾

La táctica de Perón parecía consistir en operar con dos alas para cercar al gobierno con un movimiento de pinzas: con Jorge Antonio y sus amigos hostigar a la Casa Rosada con el ala oficial

(37) *Análisis* Nº527, 20/4/71. P. 9 y *Confirmado*, 5/5/71. P. 12.

(38) «Lanusse: la estructura de su fuerza» por Rodolfo Pandolfi en *Confirmado*, 31/III/71. P. 10.

(39) *Panorama*, 27/4/71. P. 8.

partidaria; con el ala insurreccional -FAP, FAR, Montoneros- jaquear a los políticos y gremialistas colaboracionistas. Este despliegue contaría con una cuña intermedia para conseguir el objetivo de mediano alcance: apuntalar La Hora del Pueblo hasta acelerar la salida electoral.⁽⁴⁰⁾

Por sugerencia de Paladino, se decide un encuentro secreto en España con un oficial superior para poner en marcha el diálogo. Lanusse designa para ello (sin consultar al Ejército ni a los otros integrantes de la Junta) a su hombre de confianza, el subsecretario de la Presidencia, Cnel. Juan Francisco Cornicelli, quien arribó a Madrid el 15 de abril. Al día siguiente, en presencia de Paladino y López Rega, Cornicelli -usando su uniforme- asiste a un encuentro de dos horas en Puerta de Hierro.

Como dice Potash, el logro de la entrevista fue muy modesto más allá de la trascendencia de haber abierto un canal de comunicación, pero era evidente que Perón no seguiría con facilidad los planes para un acuerdo nacional. Además, aunque aceptó que Paladino dialogara con Mor Roig, se negó a condenar la violencia que ejercían las organizaciones armadas que actuaban invocando su nombre. El argumento de que no tenía control sobre ellas no encubría la utilidad de este medio para presionar al gobierno.⁽⁴¹⁾

El fracaso en conseguir esa condena se complementa con la vuelta de Madrid de Rodolfo Galimberti, jefe nacional de la JAEN, con consignas para agrupar a los combativos en torno a tres puntos: sustraer al peronismo de su alianza con los liberales, levantar un programa revolucionario que impidiera que el ENA le restara adherentes y (lo que no creía que fuera posible) aceptar sólo a Perón como candidato.⁽⁴²⁾ Dos

(40) *Confirmado*, 14/4/71. P. 13.

(41) Ver: Potash, Robert A. (1994). *El Ejército y la Política en la Argentina. 1962-1973*. Segunda parte. Bs. As., Sudamericana. P.257.

(42) *Primera Plana*, 27/4/71. P. 13

semanas antes, Galimberti, promovía la «...necesaria consolidación de un programa socialista nacional que coloque en su justo lugar los intentos neoferrerianos de Gómez Morales y Cafiero. Porque hay que convencerse de que el cambio sólo ocurrirá realmente en la Argentina, cuando se produzca la nacionalización sin indemnización de las empresas de capital extranjero y la desarticulación del aparato de la oligarquía ganadera»⁽⁴³⁾, adelantando la complejidad de la interna peronista.

Lanusse se encontrará en la contradicción de tener que dirigirse simultáneamente a dos públicos diferentes. Por una parte estaban los políticos que debían creer sus promesas y la necesidad de un acuerdo de garantías con las Fuerzas Armadas. Por otra, sus compañeros de armas que debían ser tranquilizados. Dirigiéndose conjuntamente a ambos «...el Presidente habla dos lenguajes que a menudo se contradicen. El tono de desafío sucede al de comprensión del negociador. La firmeza alterna con las palabras conciliadoras. De allí la sensación de una gestión vacilante con miras a desorientar a la opinión.»⁽⁴⁴⁾

La resistencia del Ejército a las tratativas con Perón pueden verificarse en las exposiciones de Sánchez de Bustamante acerca del Plan Político. El 28 de abril en Córdoba, un teniente le pregunta si el gobierno va a negociar. La respuesta es elusiva: se estaba haciendo un sondeo y una eventual negociación política no implicaría claudicar ni someter al Ejército.⁽⁴⁵⁾ El GAN no era un pacto con Perón o los peronistas. Su base sería que las mayorías comprendieran que las minorías existían y que podían gobernar evitando los abusos de la época peronista, pero a la vez que estas últimas aceptaran el derecho de gobernar de las mayorías. Para esto era necesario

(43) *Análisis* N°525, 6/4/71. P. 16.

(44) Rouquié, Alain. (1994). *Autoritarismos y democracia*. Bs. As., Edicial. P.150.

(45) *Confirmado*, 5/5/71. P. 9.

terminar con las desigualdades irritantes, según palabras de Juan XXIII.⁽⁴⁶⁾

El 29, un atentado conmueve al Ejército. El Teniente 1º Marcos Azúa es muerto por un comando de las peronistas FAR en el asalto a un camión militar en Pilar. Esta primera baja en el Arma plantea el problema del posible desarrollo de la guerrilla, ya que si desde el punto de vista militar no había peligro, «...desde el punto de vista político las guerrillas son una mecha encendida que avanza hacia un polvorín. En ningún país de América, tal vez en ninguno del mundo, los grupos subversivos tienen la posibilidad de insertarse en un movimiento de masas relativamente organizado.»⁽⁴⁷⁾

El propósito de las FAR de neutralizar el comienzo del diálogo con el gobierno se completa cuando el 30 se reúne finalmente Paladino con Mor Roig. El delegado de Perón no se define contra la violencia y contesta con evasivas. Ante la insistencia de un periodista se limita a declarar que se trataba de «...un hecho grave y desgraciado.»⁽⁴⁸⁾

La repercusión de estos episodios en el Ejército es profunda. Todo el razonamiento de la negociación con Perón giraba en torno a la teoría del «mal menor»: rehabilitar al peronismo para aislar a los sectores radicalizados. Sin embargo, acontecimientos como la muerte del Tte. Azúa podían llevar a identificar guerrilla y peronismo como la misma cosa.

Una conclusión de ese tipo no podría ser predominante en los mandos, que Lanusse se había encargado de estructurar con oficiales de su confianza desde fines de 1970 y completado luego de desalojar a Levingston. Sin embargo, algunos sectores castrenses

(46) *La Opinión*, 7/5/71. P. 11.

(47) «Conmueve al Ejército su primera baja en la lucha antiguerrillera» por Horacio Verbitzky en *La Opinión*, 4/5/71. P. 12.

(48) *Confirmado*, 5/5/71. P. 10.

mantenían discrepancias con la política lanussista. Uno de los motivos de este descontento es la declaración de Mor Roig y Belgrano Rawson de su propósito de suspender toda legislación represiva, desafiando así la presión de los mandos del Ejército que exigían, por el contrario, el endurecimiento de la acción antiterrorista. La solución para algunos debía ser la renuncia de Mor Roig: «Todo indica que el idilio con La Hora del Pueblo se derrumba minuto a minuto... Algo probó la ola de versiones acerca del retorno de Perón: una fuerte corriente antiperonista en los jefes castrenses.»⁽⁴⁹⁾

Esta situación lleva al Presidente a una «reformulación» del GAN, que consistía en declarar enfáticamente que no habría una «salida desesperada», coincidiendo circunstancialmente con el Ministro de Defensa Cáceres Monié. El «contraataque» se funda en que el GAN pasa a ser un llamamiento a la cordura para reestablecer una democracia representativa, moderna, estable y eficiente sin hacer mención alguna de Perón, cuya participación quedaba librada a su propia iniciativa. No se trataba de otra cosa que de dar un paso atrás esperando que mejorara el humor castrense.

Por el lado del gobierno, además del deterioro que le produce que Perón no condenara a la guerrilla, el trámite de la negociación favorece circunstancias que -a la vez- afectarán la situación del Presidente con los militares y los políticos de La Hora del Pueblo. El diálogo entre Perón y Lanusse se producirá por varios canales diferentes. Uno, público y formal, entre Paladino y Mor Roig, el único por el que se establecían comunicaciones con los demás partidos. Pero desde su viaje a Madrid, José Rucci había sido valorizado políticamente por Perón. Al regresar, Rucci define en el aeropuerto al «delegado personal» como un mero «hombre de enlace que no toma decisiones». Este reforzamiento del ala sindical (que el mismo Presidente había propiciado), no es subestimada por Lanusse, quien sabe de la complejidad de la interna y reserva para sí el diálogo con

(49) *Primera Plana*, 11/5/71.

el Secretario General de la CGT. En consecuencia, se reanuda el diálogo.

Además, debido a la sensibilidad que sobre el tema planteaban las Fuerzas Armadas, se mantiene abierta una vía militar directa. El agregado militar en la Embajada en España, Cnel. Carlos A. Dalla Tea, es convocado a Buenos Aires y brinda un informe de la situación en Madrid el 21 de abril. A principios de julio, el Brig. Rojas Silveyra es nombrado nuevo embajador y antes de partir se reúne con la Junta Militar para recibir instrucciones. Por último, el Cnel. Cornicelli había actuado como delegado de Lanusse en conversaciones de las que no habían tenido conocimiento ni civiles ni militares. La falta de cumplimiento acerca de las promesas de que toda negociación sería pública deteriorará la imagen de Lanusse cuando Perón deleve el misterio y, por otra parte, herirá la susceptibilidad de los sectores castrenses.

En lo referido a Perón, podría preguntarse, como lo hace O'Donnell, ¿en qué medida sus maniobras eran el mero resultado de su predilección por la manipulación política y en qué grado la adaptación a fenómenos que no podía, al menos por el momento, controlar y que impedían en los hechos su condena a la violencia? En otras palabras, ¿cuáles eran las razones para que no estuviera de acuerdo con una estrategia cívico-militar? Una respuesta puede ser su interés por la toma completa del poder; pero otra, la necesidad de maniobrar pendularmente para poder contener bajo su liderazgo la tan heterogénea composición que había tomado el Movimiento.

IV. Demonios en el jardín: conatos de revueltas militares

El tránsito del economicismo a la solución política, de la represión a la creación de un marco legal para luchar contra la guerrilla, del antiperonismo a la superación de las antinomias (y a conflictivas negociaciones con Perón), será difícil de digerir para algunos sectores de las Fuerzas Armadas y en estos meses iniciales del GAN se producen turbulencias que no pueden considerarse

inesperadas.

El primer indicio de las discrepancias son las declaraciones que el 12 de abril hace circular como comunicado de prensa el Gral. Juan Enrique Guglielmelli, quien habría aspirado a ser Ministro de Economía de Lanusse (de quien era antiguo amigo) y cuyo nombre circulaba para distintos cargos en el área, entre ellos la presidencia del BANADE. En el documento, el General abjuraba del acuerdismo y consideraba que antes eran necesarias medidas que crearan las condiciones para luego optar por la salida electoral. Para algunos observadores este pedido de «profundizar la revolución» es instigado por Rogelio Frigerio para «quemar» las posibilidades de un arreglo del gobierno con Perón. Para otros, persuadido de la posibilidad de un golpe peruanista, Guglielmelli buscaba instalarse como figura expectable por si esto ocurría ⁽⁵⁰⁾. Su arresto es inmediatamente ordenado y, aunque se considera que el intento de «putsch» fue totalmente fallido, es un llamado de atención para el Presidente.

En este clima, el gobierno desmonta un intento golpista, cuyo liderazgo se atribuye al Gral. Eduardo Rafael Labanca, un militar retirado que luego del Cordobazo se había convertido en artífice de una corriente nacional populista sindicada como peruanista. El complot es conocido por Lanusse, quien el 11 de mayo en la televisión de Rosario –en una conversación con doce personas que incluye a los sectores profesional, gremial, agrario, industrial y universitario– explicó con amplitud los planes del gobierno. Esta actitud es interpretada como un episodio más de la táctica del Presidente de arrancar banderas al enemigo: «...los inesperados avances en el campo de la apertura política oficial... tenían una intención precisa: ubicar el carácter nacional-populista de la política oficial en momentos que alcanzaron un pico de intensidad los rumores de un pensamiento de ese signo» ⁽⁵¹⁾. El mismo día el intento de golpe, que debía estallar

(50) *Confirmado*, 21/4/71. P. 21.

(51) *La Opinión*, 12/5/71. P. 1,

el 12, es abortado. El epicentro era la V Brigada de Infantería de Tucumán y los principales implicados son arrestados y trasladados a Buenos Aires, siete coroneles de distinta filiación ideológica son puestos en retiro obligatorio y Labanca pasa a la clandestinidad.⁽⁵²⁾

El 17 de mayo Labanca da a publicidad su proclama revolucionaria donde insta a rebelarse contra Lanusse «...considerando que ni las FF.AA. ni el pueblo argentino pueden admitir el fracaso de una revolución que en definitiva no ha comenzado aún», dice en un alarde de paciencia. Este documento estaba acompañado por tres anexos. En el segundo, se resumía el plan fallido: primero, integrar un gobierno militar; luego el paso a uno de transición cívico-militar y, finalmente, la institucionalización, cuando la Revolución Nacional hubiera logrado sus objetivos. Para llegar a ello, era previamente necesario derogar la Constitución Nacional e implantar una dictadura populista, suprimiendo todas las entidades representativas, incluida la CGT.⁽⁵³⁾

Aunque el golpe es rápidamente conjurado y no se producen sanciones a otros oficiales, el problema es el de las ramificaciones del complot. El diario *La Nación* subraya la necesidad del gobierno de homogeneizar su autoridad en el tema militar, ante sectores castrenses que se dividen en dos bandos: aquellos que no pueden convenir nada con el peronismo mientras Perón viva y los que,

(52) El capitán Benjamín Miatello (ex-jefe de la policía de Tucumán) y el Tte. Cnel. (RE) Eduardo Escudé. Se ordena también el arresto del Cnel. (RE) José Luis Bagnatti. El Cnel. José Luis García (que revistaba en el EMGE) es retenido en Buenos Aires. Los otros coroneles sancionados son Gustavo Adolfo Cáceres, Augusto Benjamín Ratterbach, Eric Mac Dreier, Carlos Mariano Gazcón, Juan Carlos Mendieta y Fernando Humberto Santiago. Este último será reincorporado a la Fuerza al probarse que no estuvo implicado en el complot. Los Cneles. Laidlaw, Chasseing y Díaz Bessone son amonestados. Cfr. *Análisis* Nº 531, 18/5/71. Pp. 8-9.

(53) Los documentos de la frustrada Revolución Nacional son publicados íntegramente por *La Opinión* del 18/5/71, Pp. 12-13.

temerosos de una revolución de izquierda contra las FF.AA., promueven un giro autoritario.⁽⁵⁴⁾ Otra versión establece un grupo deliberativo original de oficiales superiores con destino en la Capital y el Gran Buenos Aires, que comienzan sus reuniones a la caída de Levingston. Al mismo tiempo, o poco después se constituye un grupo similar de oficiales de las guarniciones del interior, influidos por la situación económico-social y el ejemplo de los gobiernos nacionalistas-populares o frentepopulistas de los países vecinos. Este sector presenta un arco ideológico que va de las simpatías por la izquierda peronista a la ultraderecha más reaccionaria. Por su parte, el grupo de Buenos Aires tampoco sería monolítico y se divide por discrepancias internas. El que participa en la chirinada de Labanca es el minoritario, adepto a profundizar la Revolución, desplazar a Lanusse y romper con los políticos. El mayoritario no participaría del putsch y, por lo tanto estaría intacto. La opinión predominante en ese grupo es que llevar adelante los objetivos de la Revolución Argentina no es incompatible con que Lanusse siga gobernando y mantener relaciones con los políticos. La táctica sería la de «cercar» a Lanusse.⁽⁵⁵⁾ Más allá de la veracidad de este panorama, el que resulte creíble es un serio indicio de que la unidad del Ejército es sólo aparente.

En apoyo de una conspiración extendida puede contarse la inusual sanción a los coroneles. El retiro obligatorio de siete oficiales superiores («la crema de la oficialidad joven», los llama Neustadt⁽⁵⁶⁾), que presentaban entre ellos diferencias políticas apreciables, hacía sospechar -tanto por el número como por el grado de los implicados- que los rebeldes podían ser numerosos. En el mismo sentido evalúan algunos observadores la inusual difusión que el gobierno permite de

(54) «La semana política». *La Nación* 16/5/71

(55) *Confirmado*, 19/5/71. P. 12

(56) *La Opinión*, 16/5/71. P. 9.

los pormenores del levantamiento de Labanca y de sus proclamas. Para *Primera Plana*, se trata de una maniobra de Lanusse para unificar a la variada gama de los amotinados bajo el autoritarismo exótico de Labanca y desprestigiarlos de ese modo.⁽⁵⁷⁾

En la Fuerza Aérea, por su parte, el pase a retiro obligatorio del vicecomodoro Mario Luis Olezza, un nacionalista atrabiliario, es vinculado en un primer momento con la participación de la Aeronáutica, pero esta interpretación luego se descarta. Lo que se percibe días después como inquietante es que la mayor concentración de poder aéreo del país, la brigada de Villa Reynolds, se negara a tomar partido a favor del gobierno una vez conocida la sublevación. Sin embargo, la actitud se considera luego sólo como una protesta contra el Brig. Rey. El Alte. Gnavi, en cambio, no tiene problemas. En esos días declara que «La Armada, juntamente con las otras Fuerzas, ha contraído el compromiso de devolver a la ciudadanía el poder político... La convocatoria no tiene excluidos... Para referirnos a uno de los protagonistas de este agudo proceso, declaro que nada ni nadie prohíbe a ningún argentino volver a su Patria. Cada uno debe asumir la responsabilidad que le compete de saber si es instrumento de paz o de zozobra.»⁽⁵⁸⁾ Con posterioridad, el Presidente tendrá informes de inteligencia sobre diversas conspiraciones.

Pese a la aparente intrascendencia del intento golpista, Lanusse logra apoyo para el GAN de los dos principales partidos: «La Hora del Pueblo es la fuerza política más importante del país... Si Lanusse estuviera comprometido porque alguien trata de impedir la salida nosotros saldremos en su apoyo...»⁽⁵⁹⁾, declara Paladino. En similar sentido se pronuncian el Presidente del Comité de la

(57) Cfr. *La Opinión*, 16/5/71, P. 9 y *Primera Plana*, 25/5/71. Pp. 8 a 10.

(58) *Primera Plana*, 25/5/71. Pp. 8-9.

(59) *La Nación*, 12/5/71

Provincia de Buenos Aires de la UCRP, Raúl Alfonsín⁽⁶⁰⁾ y el dirigente Enrique Vanoli. También de Leopoldo Bravo, del Bloquismo sanjuanino; Jorge Selser, del Socialismo Argentino⁽⁶¹⁾ y UDELPA⁽⁶²⁾. Sin embargo, las voces no son unánimes. Frondizi se abstiene de opinar⁽⁶³⁾ y Alende, Ongaro, Gazzera (del peronismo «duro») y Cavali (del gremio del petróleo)⁽⁶⁴⁾ proclaman la necesidad del cambio de estructuras y la trampa que significa el GAN.

La complicada suerte del GAN es descrita por Fernando Morduchowicz: «Los altos mandos deberán ahora consolidar su frente interno. A la política del GAN se oponen diversos elementos: nacionalistas, zurdos, fascistas, desarrollistas, antiperonistas irreductibles y, sobre todo, adversarios personales de Lanusse.»⁽⁶⁵⁾ Rodolfo Terragno ve tempranamente su agonía: «Lo cierto es que el liberalismo -al cual Lanusse representa- está agotado. No sólo no puede absorber a la guerrilla sino que la ha originado. Tampoco puede absorber al peronismo. Perón ha dicho recientemente a uno de sus interlocutores que las maniobras de Lanusse representan 'la desesperación de la oligarquía' y no estaba descaminado. El liberalismo acepta y busca la negociación formal con Puerta de Hierro sencillamente porque advierte que el proceso se le escapa de las

(60) «Contradicción», editorial de Alfonso Carrido Lura (Raúl Alfonsín) en la revista *Inédito*, junio de 1971. En Alfonsín, Raúl (1986). «*Inédito. Una batalla contra la dictadura*. Bs. As., Legasa. Pp. 243-245

(61) *La Opinión*, 18/5/71

(62) *La Opinión*, 19/5/71.

(63) *La Opinión* 13/5/71.

(64) *La Opinión* 18 y 19/5/71

(65) *La Opinión*, 16/5/71. P. 9.

manos.» ⁽⁶⁶⁾

Los problemas son descriptos también por *Primera Plana*. «La Hora del Pueblo»-dice- «sufre hoy las presiones de las bases y las rivalidades de sus dirigentes; el Gobierno no define el calendario electoral. Las preocupaciones de la coincidencia, enmarcan las declaraciones de Paladino: 'sepan los hombres de armas que los movimientos políticos de La Hora del Pueblo están dispuestos a acompañarlos en tanto y en cuanto cumplan con los enunciados que ha hecho el Presidente... En una punta del camino está la enorme mayoría esperándolos para ayudarlos en la tarea de devolver el poder de decisión al pueblo'. En la otra, se congregarían los peruanistas, los profundizadores del modo brasileño, los profundizadores de la revolución, pero también los peronistas duros del sector gremial o de las formaciones especiales subversivas.» ⁽⁶⁷⁾

La negativa de Perón a condenar a la guerrilla y su propósito de usarla en el paulatino acorralamiento del gobierno⁽⁶⁸⁾ desgasta a

(66) *La Opinión*, 19/5/71. P. 13

(67) *Primera Plana*, 25/5/71. P. 10

(68) Esta duplicidad de la que se acusa a Perón tiene una expresión interesante en una carta que el anciano líder envía a un ex dirigente de la juventud balbinista. Allí Perón dice:

«Existen tres empeños de la lucha: la guerra revolucionaria de los muchachos guerrilleros; una conspiración militar-popular que avanza cada día y, finalmente, una lucha política de superficie. Tanto la primera como la segunda deben seguir su conducta actual, es decir, 'seguir dando', la segunda hay que dejarla andar y ayudar porque ése puede ser uno de los conductos para terminar con la dictadura militar que ensombrece al país y la tercera (la lucha política de superficie) hay que seguirla de acuerdo con las circunstancias.

«Las tres acciones se desarrollan por cuerdas separadas, sólo coordinadas por su objetivo final. Espero que la guerra revolucionaria sea el reaseguro de una lucha pero a muy largo plazo. A mediano plazo la rebelión militar-popular puede ser un recurso valioso y la lucha política de superficie permitirá hacer el juego a la dictadura militar que

Lanusse con los oficiales. No con el generalato (al que controla, especialmente hasta los pases del año siguiente) pero sí en el nivel de coroneles y de teniente-coroneles, donde se genera una creciente disconformidad. La erosión de la base militar, por otro lado, debilitará el diálogo con los políticos y la reducción de las expectativas civiles, a su vez, enfriará aún más el entusiasmo de los militares por el GAN. Las grandes aspiraciones de Lanusse no parecían tener ya posibilidad de concretarse. Por el contrario, suena hartamente razonable la interpretación que Luis Guagnini había publicado en *La Opinión*: «En última instancia Perón se reserva el papel que más le gusta y que mayores réditos le produce: el de árbitro. Difícilmente pueda volver a gobernar. Pero también difícilmente nadie pueda hacerlo en forma completa sin su consentimiento.»⁽⁶⁹⁾

V. De halcones y palomas: los políticos no peronistas frente al GAN

El lanzamiento del Gran Acuerdo Nacional produce una gran convulsión en el escenario político. Alianzas, pactos, acuerdos, ósmosis partidarias, división de partidos o multiplicación de líneas internas pasan de pronto a reemplazar a la aletargada vida partidaria. De ninguna manera esto significa entusiasmo por el GAN. A izquierda y derecha los cuestionamientos angostan el margen a cualquier síntoma de euforia participacionista. Por un lado el Partido Comunista proclamaba: «...La gran tarea, la responsabilidad histórica que nos incumbe en este 1º de Mayo consiste en no dejarse atraer por el

ha prometido elecciones limpias mediante un juego también limpio, en cuyo caso, no tenemos nada que perder. En síntesis, dialogar en procura de los objetivos previstos, mientras tanto guerra cerrada a la dictadura para que no pueda hacer pie en ningún momento.» *La Opinión*, 21/5/71. P. 14.

(69) *La Opinión*, 20/5/71. P. 13.

canto de sirena de la dictadura antinacional y antipopular, no alimentar la ilusión en las promesas pseudodemocráticas de los servidores del imperialismo... Nuestra tarea principal es la de lograr que nuestro país marche al ritmo de los tiempos, junto a sus hermanos latinoamericanos de Cuba, de Chile, de Perú y de Bolivia.»⁽⁷⁰⁾ Mientras tanto, los liberales ultramontanos compartían esta alarma, aunque por motivos opuestos: «En esta nueva etapa política del país parecería que en múltiples sectores dirigentes se habría aceptado la tesis de que el mundo se mueve hacia la izquierda... Vamos a hacernos marxistas para evitar que vengan los marxistas o vamos a ganarle las banderas a la izquierda, son la consecuencia de la aparente aceptación de ese fenómeno como una realidad.»⁽⁷¹⁾

La política de Lanusse obviamente se dirigía hacia La Hora del Pueblo, el acuerdo que con el propósito de lograr un gobierno constitucional habían sellado en noviembre de 1970 el Movimiento Peronista, la UCRP, el PDP, el P. Conservador Popular, el Socialista Argentino y el Bloquista de San Juan.

A la izquierda se le había colocado el Encuentro Nacional de los Argentinos, formalizado con diferencia de días bajo la hegemonía del Partido Comunista, orientado por Oreste Ghioldi, que alentaba la idea de una coalición similar a la Unidad Popular chilena con sectores parlamentarios para participar en los prometidos comicios. De allí los contactos y la participación junto con comunistas como Héctor P. Agosti y Rodolfo Ghioldi, de sectores del peronismo (Jesús Porto, Raúl Bustos Fierro, Osvaldo Pérez Pardo); la UCRP (Ernesto Cabiche, Conrado Storani), el desarrollismo y el socialismo. Contrarios al GAN, el problema principal era cómo se planteaba la cuestión de las elecciones, pues quien convoca establece las normas, y estas deberían ser el resultado del llamado de un gobierno cívico-militar profundizador de la Revolución, acorde con la exaltación de la

(70) *Confirmado*, 12/5/71. P. 14.

(71) «A la izquierda o a la siniestra» por Armando P. Ribas, en *Confirmado*, 19/5/71. P.24

personalidad política del presidente Velazco Alvarado.

Esta admiración por el Perú (país al que había visitado para evaluar el proceso revolucionario) era compartida por Arturo Frondizi, quien -a la vez- descreía de La Hora del Pueblo («...un acuerdo de dirigentes que ignora sus bases», que proponía un nacionalismo económico paralizante igual al que estaba siguiendo el gobierno militar) y el ENA («...un planteo clasista que, por sus propias características, resulta contradictorio con los problemas reales de la Argentina»).(72) Frondizi promueve una estrategia doble. Por una parte, exigir a las Fuerzas Armadas el cumplimiento de los objetivos revolucionarios, ya que si no eran ellos quienes los concretaban la revolución se haría -pronosticaba- por la vía violenta. Por otra, presumiendo la polarización en las elecciones entre un frente liberal y otro que agruparía a las fuerzas de «signo nacional», comienza los acercamientos con Puerta de Hierro para participar en la coalición que -pensaba- agruparía al peronismo, los social cristianos, de filiación sueldista, fracciones de la UCRP, la izquierda moderada del ENA y el frondicismo.

Por su parte, el alendismo -que había sido el principal respaldo doctrinario del gobierno de Levingston- coincide en su crítica a la salida electoral propuesta por el GAN, presentada como una trampa para evitar la revolución y reivindica también la experiencia peruana contra la política del acuerdo.

Un caso curioso lo constituye Alvaro Alsogaray, quien inaugura, en este ambiente impregnado de nacionalismo, novedosas prácticas de marketing político en vista de organizar una moderna fuerza liberal propulsora de la «economía social de mercado». No obstante, perceptivo del ambiente que lo rodea, denomina a su incipiente partido Movimiento Nacionalista Liberal. «Hemos decidido disputarles el término a los falsos nacionalistas, que no son otra cosa que embozados socializantes a las órdenes de Moscú», afirma.(73)

(72) *Panorama*, 13/4/71. P. 11.

(73) *Confirmado*, 7/4/71. P. 18

Su propósito era ser una fuerza de derecha que completara el espectro político con el ENA a la izquierda y La Hora del Pueblo en el centro. Para ello confiaba en atraer a sectores de UDELPA, el conservadorismo y aún de la UCRP.

Pero lograr un partido de derecha en el ámbito nacional parecía poco probable. Algunos intentos de formar nuevas agrupaciones vinculados con funcionarios del gobierno como el Ministro de Justicia Jaime Perriax o del Grupo Temple, con el que estaba relacionado el Director de Provincias del Ministerio del Interior, Ricardo Balestra quedarán en la anécdota. La vieja Federación de Partidos de Centro está desintegrada. Cuando Mor Roig los invita al diálogo se produce una reunión para ver a quiénes se podía otorgar representatividad para hablar con el Ministro. Finalmente concurren a la entrevista Rodríguez Vivanco y Martínez Carranza. En ese conciliábulo, González Bergez promueve la formación de una fuerza nueva y moderna que ocupe el espacio libre de la derecha. Sin embargo, mendocinos y correntinos parecían preferir apuntalar la fortaleza de sus partidos provinciales.⁽⁷⁴⁾ El antiperonismo también se mostraba desorientado. Mientras Mario Amadeo, canciller de la Revolución Libertadora, proponía unirse al peronismo para ocupar el centro con una «corriente nacional cristiana», el Capitán de Navío Aldo Luis Molinari declara en un noticiero de televisión: «-Con los peronistas todo; con Perón nada.»⁽⁷⁵⁾ Este argumento de reconciliación y negociación con el partido, manteniendo la condena a su líder será el centro de la posición de los seguidores de Isaac Rojas.

Asimismo, las amenazas de cisma o los síntomas de confrontación se producían en varias fuerzas. En la democracia cristiana, Horacio Sueldo es cuestionado por José A. Allende, presidente de la última Junta Nacional del partido. En el MID, el ex-gobernador y caudillo pampeano Ismael Amit (uno de los pocos

(74) Cfr. *Confirmado*, 21/4/71 P. 23 y *Panorama*, 27/4/71 P. 14.

(75) *Confirmado*, 5/5/71. Pp. 13 y 18

frondicistas con votos) amenaza con formar un partido propio, lo que arrastraría a Raúl Uranga de Entre Ríos y Carlos Sylvestre Begnis de Santa Fe. En el Partido Demócrata Progresista, los santafecinos Rafael Martínez Raymonda y León Patlis embisten con el largo predominio de Horacio Thedy. En La Hora del Pueblo las agrupaciones menores se ven desairadas por el peronismo y el radicalismo que se niegan a formar listas conjuntas.

El problema fundamental para el gobierno eran los dos grandes partidos de La Hora del Pueblo. Si Lanusse necesitaba imperiosamente la condena de Perón a la guerrilla y su aquiescencia para concretar la «solución» electoral, requería también para sus propósitos de una alianza con la otra fuerza mayoritaria, que debía darle el necesario sustento político.

Sin embargo, pese a sus contactos con el presidente del Comité Nacional, Ricardo Balbín, de haber llevado a Mor Roig a la cartera más importante de su gabinete y a los buenos oficios de José Luis Cantilo, las dificultades no eran pocas. Por una parte, por esta apertura de las internas que producía el GAN. Luego de cinco años sin actividad política; el Estatuto de los Partidos que el gobierno estaba estudiando tenía el propósito -entre otras cosas- de terminar con la vieja dirigencia y suponía el retiro de los viejos políticos, entre ellos Balbín. Por otra, porque una posible alianza con quienes los habían desalojado del poder cinco años antes era difícil de aceptar para los radicales. Además, para concretarla eran necesarias condiciones ventajosas que no se percibían próximas. Finalmente, porque la UCRP no era un partido monolítico sino casi una federación de partidos provinciales (cuyos puntales eran Buenos Aires y Córdoba), con diferencias regionales importantes que se habían acentuado con el proceso de radicalización que había afectado a toda la sociedad argentina. El giro hacia la izquierda, el acercamiento al peronismo y la vertiginosa transformación de la escena política cordobesa, con el consiguiente «efecto de arrastre» en los radicales, eran los cambios más notables.

El nombramiento de Mor Roig, «contact man» del Presidente

del Comité Nacional ante los altos mandos, es resistido en principio por el mismo Balbín y a punto de ser rechazado por el temor de que el reproche de los sectores juveniles afectara la unidad del partido.⁽⁷⁶⁾ Luego de un virtual empate sobre la definición, José Luis Cantilo y Pedro Duhalde (dos importantes ganaderos e influyentes miembros del partido) y Jorge Paladino desde La Hora del Pueblo inclinan la balanza en favor de la aceptación, que Mor Roig anuncia el 25 de marzo, coincidiendo con una reunión del Comité Central de Córdoba. El 27 se reúne en Carlos Paz el plenario, que permite percibir un panorama actualizado del radicalismo en esa provincia. Los sectores más moderados (aunque antibalbinistas) se nucleaban alrededor de Eduardo Angeloz y Eduardo Gammond (vicepresidente del Comité nacional), quienes proponían la total discrepancia con Balbín; señalar que la aceptación de Mor Roig no había sido autorizada por el partido; exigir la reunión de un plenario ampliado del Comité Nacional y negarse de plano a colaborar con el gobierno.

Los sectores juveniles (Resistencia Radical y Movimiento de Avanzada Radical) y los más izquierdizados de la «generación intermedia» -Carlos Becerra, Conrado Storani (ambos integrantes del ENA), Ramón Mestre, Teresa Mesciadri- plantearon la expulsión del Ministro de la UCRP y el retiro de los delegados cordobeses de la conducción del Comité Nacional. Vanguardia Revolucionaria Radical -grupo dirigido a nivel nacional por Hipólito Solari Yrigoyen y que contaba entre sus filas al segundo de Agustín Tosco, Ramón Contreras-, va más allá y firma pintadas con el slogan de SITRAC-SITRAM: «Ni golpe ni elección; revolución».⁽⁷⁷⁾

Un caso aparte lo presentaba el director de *Los Principios* y

(76) Otros aspectos de la interna demorarían la decisión de Balbín. El duro comunicado que redactaría Alfonsín contra el acuerdo posiblemente haya impulsado a Vanoli, Zariello y León (entre otros) a presionar para que se demorara la decisión. Cfr. *Panorama*, 6/5/71. P. 11

(77) Cfr. *Confirmado*, 7/4/71. P. 17 y *Panorama*, 6/4/71 P. 12

ex-intendente de la capital, Víctor Martínez. Hombre de buenos amigos en el III Cuerpo de Ejército, había rechazado por tres veces ofrecimientos de los militares para gobernar la provincia y se presumía que podía ser una figura aceptable para encabezar una fórmula de gobernador consensuada por todos los sectores del radicalismo cordobés.

Para los cordobeses, los balbinistas reproducían el antipersonalismo de Alvear y ellos eran los custodios de la pureza del ideario yrigoyenista. Esta perspectiva podía ser exagerada pero no resultaba despreciable en la interna que se avecinaba para renovar la dirigencia.

En Buenos Aires, Raúl Alfonsín (presidente del Comité Provincial e hijo dilecto por entonces de Balbín) toma distancia de este último, con una declaración personal en la que desaprobaba la actitud de Mor Roig por incompatible con la militancia radical. No obstante, buena parte de los radicales bonaerenses eran optimistas en relación a la suerte de las elecciones anunciadas por los militares. Sin embargo, se atenían a la prudencia de las declaraciones de Balbín: «En esta etapa deben hablar los hechos con claridad.» (78)

El foco de protesta cordobesa disminuye en las semanas siguientes su influencia sobre el conjunto del radicalismo, en parte porque los mediterráneos no se ponen de acuerdo en un nombre que los lidere. Sin embargo, en Buenos Aires los radicales no tienen una posición monolítica y se alinean alrededor de tres posiciones. Por una parte está Alfonsín, quien decide omitir cualquier declaración hasta que se reuniera el comité nacional pero que en una nota aparentemente burocrática (firmada por él y Balbino Zubiri) dirigida a la comisión de Acción Política, destaca la responsabilidad de la conducción bonaerense de «asumir en plenitud su obligación de preservar la fisonomía fundamental del radicalismo en el distrito» (79)

(78) *Panorama*, 6/4/71. P. 12.

(79) *Análisis* Nº 528, 27/4/71. P. 20.

o sea, de diferenciarse del gobierno. El joven secretario ejecutivo de esa comisión, Juan Manuel Casella, y Raúl Zarriello (miembro del Comité nacional) van más allá y creen que el plenario constituirá una buena oportunidad para demostrar que «...el gobierno y la UCRP son cosas distintas; por otra parte» -dicen- «nos consideramos opositores a esta nueva etapa del gobierno militar.»⁽⁸⁰⁾ En cambio, los amigos del Ministro - César García Puente, Ricardo Fuertes y Angel Roig- acatan las postulaciones principistas pero objetan las insinuaciones que se manifiestan en la citación de Alfonsín.

La unidad partidaria, que tanto preocupaba a Balbín, parece -sin embargo- no peligrar. Por una parte, porque pese a sus actitudes críticas la Comisión Coordinadora Nacional de la Juventud no sobrepasa a la dirección. Por otra, porque para asegurarse la calma de los cordobeses Balbín se reúne con Eduardo Gammond y se prometen garantías mutuas.

El problema del perfil que debía darse el Partido era tan importante como urgente, para un radicalismo atrapado entre los militares y el peronismo. Lo que parecía predominar en ese momento era el intento de convertirse en una fuerza de izquierda sensata que actuaría dentro del sistema para tratar de reformarlo y no transformarse de ninguna manera en un polo de atracción antiperonista. La juventud, las autoridades de distrito y los equipos técnicos que dirigía Roque Carranza impulsaban esta variante.

Esta discusión estaba sujeta a la resolución de las elecciones internas, que quedaría resuelta recién para mayo o junio del año siguiente, momento en el cual se suponía que Balbín abandonaría la vida política. El sucesor que se conjeturaba más probable en ese momento provendría de Buenos Aires, distrito capaz de lograr el apoyo de los delegados del Noroeste, Mendoza y Entre Ríos. Por esta razón no eran pocos los que aventuraban que Alfonsín sería el elegido o, en su defecto, Juan Carlos Pugliese. No se descartaban, sin embargo, las posibilidades de Conrado Storani. Resultaba aún

(80) *Análisis* Nº 531, 18/5/71. P. 16.

inimaginable la candidatura de Balbín; la ruptura de éste con Alfonsín por discrepancias en la dirección partidaria, la alianza de los alfonsinistas con los cordobeses y el enfrentamiento en las internas que daría el triunfo a Balbín pero con Renovación y Cambio como depositaria del 40% de los votos. En suma, un terremoto en el radicalismo.

La ambigüedad de las relaciones de la UCRP con el gobierno se prolonga por la postergación del Plenario al 12 de junio. Para ese momento, Balbín prometía un duro pronunciamiento si no había definiciones de Lanusse. Este retraso se evaluaba como un nuevo plazo otorgado al gobierno, jaqueado a mediados de mayo por la situación militar.

No obstante, el avance arrollador del peronismo ya era fácilmente perceptible y a esto no era ajena la indeterminación de los radicales.⁽⁸¹⁾

VI.- El realismo insuficiente o la derrota eficaz

El Gran Acuerdo Nacional es producto del agravamiento de las tensiones pero no se trata de una improvisación. Pueden encontrarse los elementos que le van dando forma a lo largo del accionar de Lanusse como Comandante en Jefe del Ejército, en un proceso en que las situaciones políticas se combinan con la influencia de las ideas de figuras civiles y militares, hasta dar por resultado - hacia 1971- el plan completo.

En primer lugar, Lanusse buscó mantener la cohesión de las

(81) *Le Figaro* describirá el fenómeno del avance peronista de la siguiente forma: «...jamás se han visto tantos peronistas -verdaderos o falsos- en la Argentina. Todas las oposiciones populares, moderadas o revolucionarias reivindicán la etiqueta mágica... La clase media, la que más ha sentido la degradación económica, ha sido en parte ganada.» Y concluye afirmando: «...en caso de elecciones libres habrá una marea de votos peronistas.» Reseñado en *La Opinión* del 21/1/71.

FF.AA. Este objetivo, que había logrado cuando derrocó a Onganía y a Levingston, debía mantenerse a lo largo de la transición en la que se pondría en marcha el GAN, camino que auguraba no pocas dificultades. Para ello, promoverá una participación orgánica de las instituciones castrenses, al punto de que será Presidente de la Nación como una prolongación de esas funciones en la Junta y se establece que permanecerá como tal mientras ellas duren. Esa cohesión sería imprescindible para llevar adelante el plan político, que no se limitaría a instalar una democracia restringida al estilo de las que habían sucedido a los gobiernos militares desde 1955. Por el contrario, luego de dieciocho años de proscripción, se permitiría la participación del peronismo.

En noviembre de 1970 habían comenzado los contactos entre hombres del radicalismo (entre ellos Vanossi, Mor Toig y el mismo Balbín) y seguidores de Lanusse. Ambos grupos habían coincidido sobre el tema de las elecciones. Balbín advertía sobre el peligro de izquierdización peronista y Lanusse estaba de acuerdo. En febrero del 71, Balbín declaró a la prensa lo que era el núcleo del GAN: ninguna reforma económica importante podía llevarse adelante si no era impulsada por un gobierno respaldado por una mayoría popular. «El sufragio adquiere así categoría revolucionaria», remató.⁽⁸²⁾ Pero esa entrega del poder a los civiles no se haría, al contrario de lo que había sucedido con otras «salidas democráticas», mediante el simple restablecimiento de la Constitución de 1853. Ahora, como había coincidido con Mor Roig (uno de los pocos radicales que querían actualizarla), era necesaria una reforma que modernizara las instituciones para lograr una democracia estable y, por supuesto, controlada. Por otra parte, una cuestión importante debido a la creciente inquietud social y a la ingobernabilidad que amenazaba al sistema, era el tiempo. Esta variable, tan frecuentemente ignorada por los militares, era fundamental para Lanusse. La transición no debía hacerse en veinte años (como pretendía Onganía) ni siquiera

(82) *Análisis* N° 219, 23/2/71. P. 9.

en cinco (como quería Levingston). El desarrollo económico ya no era el requisito, sino que sería la consecuencia de la normalización política. Pero la reinstalación de la democracia debía hacerse en un plazo corto, mediante una implementación precisa de objetivos intermedios, como los que había proyectado Mor Roig.

El objetivo final era restablecer la gobernabilidad, para lo cual -como Lanusse había expresado reiteradamente-, no era suficiente con reprimir a la guerrilla y, mucho menos, a las rebeliones populares. Aunque el Estado debía luchar contra el terrorismo (y esta batalla debía darse necesariamente dentro de los marcos legales, como también había afirmado públicamente en diversas ocasiones) la solución era esencialmente política. El nudo de la cuestión estaba en lo que el Brigadier Mc Loughlin, Ministro del Interior de Levingston y figura respetada por su inteligencia dentro de los sectores castrenses, había expresado dentro del gobierno: generar una opción que aislara a la guerrilla, atrayendo a los sectores que tenían cierta afinidad ideológica con ella a participar activamente en la vida política. Esta idea que, como dice Lanusse en *Mi Testimonio*, alentaban ciertos sectores de opinión, lo impresiona en boca de Mc Loughlin. La alianza de amigos y adversarios contra enemigos como piedra basal del GAN es un principio adoptado desde ese entonces.

El GAN (que no es improvisado ni una idea original de Lanusse) tiene el gran mérito de asumir la problemática argentina y partir de sus conflictos para buscarles salida. Entre estos rasgos de realismo está el reconocimiento de la representatividad de los partidos. Pero toda representación es relativa, ya que expresa realidades anteriores. En este caso, la de 1966. Los políticos en los que pensaba el Presidente representaban a una Argentina a la vez muy próxima y muy lejana. En esos cinco años la nacionalización y la izquierdización habían desplazado el eje político de una manera inimaginable un lustro antes.

Esto afectaba a Perón, que debía contener dentro de su Movimiento a quienes lo tenían por líder del «socialismo nacional».

También influyó en Balbín, cuyas acciones debían cuidarse de las críticas de su ala izquierda (especialmente la juventud y los radicales cordobeses) para preservar la unidad partidaria. Lo mismo ocurría en la democracia cristiana, el socialismo argentino, UDELPA. En general, los partidos a los que apelaba el GAN estaban conmovidos por un clima que promovía el predominio de sus alas izquierdas o por conflictos que no tardarían en salir a la luz (como en el caso del radicalismo).

Algo muy similar ocurría en las Fuerzas Armadas, impresionadas especialmente por el nacional-populismo peruano. Todos los militares (según sus discursos, sus documentos, sus declaraciones) eran -o decían ser- nacionalistas desde el punto de vista económico. Federico Pinedo lo expresaba a principios de 1971: «Lamentablemente los militares no entienden nada... Hablan de acuerdo al último que les sopla al oído y ahora son nacionalistas. No veo las cosas con pesimismo pero pienso que esta batalla la tenemos perdida porque el nacionalismo va para arriba.»⁽⁸³⁾ Las discrepancias entre los militares se limitaban -en el plano explícito- a si las transformaciones derivadas de esas ideas debía preceder o acompañar a las elecciones. Cabría preguntarse en qué medida estas ideas eran sinceras. Lanusse, que siempre reivindicó su pragmatismo, puede haber sostenido los principios económicos predominantes sólo para atenuar las críticas de sus numerosos enemigos en las Fuerzas Armadas y tratar que no se obstaculizara su proyecto. Un delicado equilibrio entre la necesidad política de llegar a las elecciones y la necesidad (desde este punto de vista también política) de que los peruanistas no percibieran esa necesidad como paralizante de las transformaciones socio-económicas que pretendían, hasta el punto de derrocarlo. Por otra parte, quienes sostenían que «profundizar la Revolución» era un requisito para elegir gobierno, proponían en forma tácita que los peronistas no votaran o postergar las elecciones sine die, hasta que el país cambiara lo

(83) *Panorama*, 23/2/71. P.15.

suficiente como para darse por satisfechos. Estas diferencias pueden relacionarse con otro plano de discrepancia, que radicaba en la percepción de cuál era en realidad el «mal menor» para unos y otros: la movilización popular y la guerrilla o las imprevisibles consecuencias del retorno de Perón.

La debilidad del GAN estaba en su misma virtud: aunque (a diferencia de las políticas de Onganía y Levingston) parte del reconocimiento de la realidad, no es lo suficientemente realista como para solucionar los graves problemas que afectaban a la sociedad argentina. Se cree que canalizará la disconformidad social mediante la participación popular en los partidos políticos que los mismos militares habían denostado hasta ese entonces; que Perón condenará la violencia a cambio de la restitución de sus bienes y derechos; que el asistencialismo de Manrique aplacará la protesta social en Córdoba; que los radicales harán sin conflicto una alianza con los militares que los habían derrocado; que éstos tratarán con los políticos olvidando los propósitos de refundación de la República. En suma, un diagnóstico simplista.

Una perspectiva «regional» podría complementar esta noción de realismo insuficiente. El eje del acuerdo está en Capital-Buenos Aires: Mor Roig, el radicalismo balbinista, Rucci, Paladino, Lorenzo Miguel y el vandomismo, los líderes de los partidos menores (Selzer, Solano Lima, Thedy -a quien ya no consideran santafecino en el PDP-). Los acuerdos se hacen con quienes son más negociadores y donde las tendencias revolucionarias no son masivas como en Córdoba. Un reportaje a Agustín Tosco es ilustrativo de este problema: «A nosotros no se nos puede dar nada ni negociamos nada porque tenemos un objetivo de liberación nacional... La política de los paliativos (de) Manrique no es popular en Córdoba. (La política de Mor Roig y San Sebastián) «...puede distender pero no puede desarmar ideológicamente. El grado de consciencia que se ha alcanzado no tiene retroceso...» (84)

(84) *Confirmado*, 28/4/71. Pp. 22-23

Las acciones encaradas para «distender», «desconcentrar» y «aislar» resultan insuficientes y la vuelta de la actividad política -en vez de aplacar- acelera los tiempos y licúa rápidamente el poder del gobierno militar y el plan de combatir la legitimidad revolucionaria con una legitimidad híbrida que combinara la representatividad de los partidos y el poder efectivo de las Fuerzas Armadas en su propio beneficio.

Lanusse queda prisionero de la dinámica del juego que propone. El radicalismo balbinista, el peronismo moderado y la cúpula cegetista (que tanto le debe en su fortalecimiento dentro del peronismo) tienen límites objetivos en sus propias internas, donde no se ven con buenos ojos los acercamientos a estos militares desprestigiados y en retirada. Pero el mismo Presidente tiene una situación en extremo incómoda, que él mismo define como el equilibrio en el filo de la navaja. Su estrategia consistía en llegar hasta donde resultara posible hacerlo sin alejarse del país civil, pero también en andar hasta donde las Fuerzas Armadas comprendieran y acompañaren. Ambos se interferían, la inquietud castrense llegó a manifestarse en conatos de rebelión⁽⁸⁵⁾ y Lanusse queda maniatado a lo que era digerible para los militares, muy adelantado para éstos y muy retrasado para los civiles. De hecho, la posibilidad de un golpe

(85) Al levantamiento de Labanca comentado más arriba, se agregó el 8 de octubre la sublevación de las unidades militares de Azul y Olavarría. Esta rebelión, que alcanza a dar a conocer dos comunicados de un nacionalismo tan exaltado como vacío, es drásticamente sofocada por Lanusse en persona desde el Cuartel General del Ejército. A partir de allí no hay nuevos levantamientos, aunque sí rumores.

Sin embargo, otro acontecimiento de distinta naturaleza probablemente sea una muestra más de la oposición de sectores de la ultraderecha al acuerdo cívico-militar. El 22 de agosto de 1972 son fusilados dieciséis guerrilleros alojados en dependencias de la Armada en Trelew, cuyas autoridades invocan un supuesto intento de fuga para justificar la acción. Desde el punto de vista político, el hecho fue interpretado como una zancadilla (razonablemente atribuible a sectores de la Marina) que tiene para los proyectos de Lanusse efectos devastadores.

de Estado contra su gobierno es un rumor que circula con insistencia en la prensa, aún después de las elecciones del 11 de marzo de 1973 y condiciona su accionar mientras éste aún tiene algún sentido político.

Por otra parte, la inversión de los problemas que plantea el proyecto (postergando la economía de la misma forma que Onganía había hecho con la política) favorece su desgaste por la influencia del descontrol de las variables económicas en la opinión de los sectores populares, medios (que aportarán abundantes cuadros al peronismo) y altos (que abandonan al GAN cuando se hace evidente el fracaso del proyecto para colgarse de los faldones de Perón, visto como la nueva frontera al desborde socializante). Hay una coincidencia unánime de los autores acerca de que Lanusse se desentiende de la marcha de la economía, como si no comprendiera que semejante actitud erosionaría su plan de manera irreversible.

Es cierto que la coyuntura le resulta inmanejable. Una crisis que se arrastra desde fines de la administración de Krieger Vasena, que se agrava con Ferrer (lo que sirve para culpar al nacionalismo económico), que elige metodologías equivocadas como compulsar la opinión de los sectores interesados para tomar decisiones que los afectan o la necesaria mediación presidencial entre los ministerios del área económica desde que se elimina la cartera de Economía. Por otra parte, un gobierno estragado por la violencia y la inestabilidad, cuyo principal objetivo es entregar el poder, con un horizonte de dos años, tampoco está en las mejores condiciones para ordenar la economía.

Sin embargo, este aspecto de la administración de Lanusse ha sido tratado en forma poco cuidadosa. «...La dirección de la economía permanece marcada por una orientación liberal ortodoxa semejante a la que prevalecía bajo el general Onganía», dice Rouquié.⁽⁸⁶⁾ Pero a pesar de todo, Lanusse continúa con las directivas de las Políticas Nacionales aprobadas por la Junta en 1970. En ellas

(86) Rouquié, Alain. (1994). *Autoritarismos y democracia*. Bs. As, Edicial. P. 151

se fijaba dar estímulos fiscales y de organización para promover la concentración de industrias de capital nacional. Aunque no hubo una aplicación ordenada y sistemática, sí existieron avances efectivos y los apoyos directos e indirectos favorecieron al capital local. Se crearon nuevas empresas en las áreas donde se determinaba la necesidad de tener producción local: hierro primario y acero, aluminio, petroquímica, celulosa y papel para diarios. Los subsidios representaron del 80% al 100% del total de las inversiones.⁽⁸⁷⁾ En lo que se refiere a la ganadería, el stock bovino alcanzó (con la política de la veda al consumo interno) el récord de 58 millones de cabezas, contra 47 en 1966.⁽⁸⁸⁾ Una afirmación en una obra reciente sugiere la necesidad del estudio de la política económica de esta época: «En 1973 Gelbard llegó al Ministerio de Economía y se lanzó el Plan Trienal, el último intento formal de planificar la evolución de la economía argentina. El Plan asumía como propios todos los proyectos fabriles...» (que se mencionan más arriba) «ya decididos en la etapa anterior, a los que agregaba apenas unas propuestas menores.»⁽⁸⁹⁾

A medida que el tiempo transcurre, Lanusse ve desvanecerse sus ambiciones personales y se empeñará en lograr su proyecto de preservación del sistema, con mucho lo más importante a largo plazo. Un indicio de acción exitosa desde este punto de vista es que el apoyo que brinda a Rucci y a la CGT en los primeros momentos de su administración, redundó en el acercamiento de éste a Perón, en el aumento de la significación de la llamada burocracia sindical en el peronismo y, finalmente, resulta uno de los motivos de la paulatina pérdida de importancia del sindicalismo combativo. Pero en términos globales, lo que más interesaba a Lanusse era desvincular a Perón

(87) Schvarzer, Jorge (1996). *La industria que supimos conseguir*. Bs. As., Planeta. Pp. 270-283.

(88) Rouquié, A. (1994). Op. cit. P. 156.

(89) Schvarzer, J. Op. cit. P. 283

de la guerrilla.

Ya en la descripción sobre la naturaleza difusa de las protestas populares que atribuye a Mor Roig y que vimos más arriba, se avizora cuál es el problema principal en la óptica del Presidente. Las revueltas que se producen desde 1969 son erráticas -piensa-, como las del 68 en París. Pero, ¿siempre lo serán? Lo que se presenta como un peligro serio -en su óptica- no es la guerrilla (cuyas posibilidades de alterar seriamente el orden establecido en forma directa son, en realidad, escasas y las de enfrentar a las FF.AA. nulas) sino la dirección que tomen estas protestas. La intención básica de Lanusse será impedir que maduren políticamente esas manifestaciones y su carácter revolucionario. Con este fin, está convencido de que debe impulsar a Perón, de una manera u otra, para que se incorpore al sistema y se defina al respecto.

Lanusse describe esta relación tan compleja en *Mi testimonio*:

«(Perón) vino, volvió a venir, fue presidente en lugar de Héctor J. Cámpora y murió maldiciendo a la guerrilla y al terrorismo. Me importa poco, personalmente, su sinceridad pero lo cierto es que si hubiese muerto en Madrid, habría muerto glorificando a sus formaciones especiales. Y yo no podía subestimar la influencia que ello tendría en un sector inmenso del pueblo. Perón hubiera sido un mito revolucionario de características especiales, con condiciones para ser utilizado como contraimagen de las Fuerzas Armadas. Falleció, en fin, como general... en vez de ser el jefe teórico de una guerrilla imaginaria (para él) pero doliente en la vida de los argentinos.»⁽⁹⁰⁾

Este resultado es reconocido implícitamente por Alain Rouquié, uno de los autores para los que el GAN no es más que la

(90) Lanusse, A.A. (1977). Op. cit. Pp. 230-231

huida de los militares ante la imposibilidad de gobernar razonablemente. En el prólogo de su última obra, dice: «Si bien 1973 marca el comienzo de una serie de catástrofes políticas que llevarían al país a una de las dictaduras más atroces y nefastas de su historia, esta fecha constituye también un cambio decisivo para el futuro institucional del país. No se trata de los titubeos de la historia que algunos han querido ver, sino del exorcismo por la reintegración del peronismo a la vida política legal y de la superación de una bipolarización que convenía a los extremistas y a los 'pescadores de aguas revueltas'». (91)

Lanusse no pudo ser presidente constitucional y mantener a Perón alejado del poder. Sin embargo, lo asombroso no es esto, sino que llegara a completar el camino de las elecciones en un proceso de debilitamiento tan acelerado que en los últimos meses la autoridad efectiva de su administración se reduce al mínimo. Su objetivo último, más allá de las ambiciones personales, era impedir el desarrollo del principio de legitimidad que se venía gestando desde el Cordobazo y ahogar la construcción de una alternativa que hiciera peligrar la estabilidad social. Por esta razón ni los veinte años que se imaginaba Onganía en el poder ni los cinco de Levingston resultaban admisibles. Era necesario instalar un gobierno constitucional rápidamente para evitar que esa opción creciera y si para ello se necesitaba hacer concesiones cada vez mayores a Perón, eso no afectaba lo básico. Si bien no pudo imponer sus propias reglas de juego, mucho más importante para él fue destruir las de sus verdaderos enemigos. En definitiva, esto no es más que una antigua práctica militar. Y vencer era tan importante que bien podía pagar el costo de la destrucción de su proyecto personal y de que, en apariencia, fuera Perón el que triunfara en toda la línea. O, variando apenas el enfoque, esta finalidad era para él tan trascendente que bien valía una victoria a lo Pirro.

(91) Rouquié, A. (1994). Op. cit. P. 9.